

DOROTHY MCCOUGNEY

*Catalina y
el Viejo
del bosque*

¿Aprenderás a perdonar?



Índice

Título

Dedicatoria

El Viejo del bosque

Catalina

El pueblo

La novela

La cabaña perfecta

Rumbo a Pinos Altos

[Primeras impresiones](#)

[El agua y los mosquitos](#)

[Una extraña en Pinos Altos](#)

[La amante](#)

[Si te está gustando...](#)

[Biografía de la autora](#)

[Copyright](#)

[Notas](#)

Catalina y el Viejo del bosque



Dorothy McCougney

dorothymccougney.com

Al fantasma de Thoreau,
porque su *Walden* me inspiró.

A todos los que alguna vez
soñaron con dejar su trabajo de
ciudad y dedicarse a plantar
zanahorias.

El Viejo del bosque



En una casa en el bosque, al final de un camino dibujado por el paso frecuente que se tuerce varias veces en zigzag por entre los troncos de los pinos, vive un hombre del que se dicen muchas cosas: que es un brujo

arrepentido, que es un fugitivo de la ley, que no es tan viejo en realidad.

Las personas que saben quién es el Viejo y dónde reside ya no están entre nosotros. Las otras, las vivas, las que rondan la localidad de Pinos Altos, saben dónde habita (es el Viejo del bosque), pero no saben quién es.

Los niños que juegan a ser *boy scouts* le dedican primorosos adjetivos: viejo (el obvio), piojoso, sucio, feo, boludo. «Jamás algo como “desgreñado”», piensa el Viejo, «porque el vocabulario no les da para tanto». Pero los verdaderos *boy*

scouts, porque los hay (él los ha visto muchas veces), pasan con sus pantaloncitos cortos, sus camisetas polo color arena y sus corbatas rayadas marchando con la frente en alto, con los rostros bañados por algunas gotas de sol, y lo saludan con dignidad: «Buenos días». Estos quizá sepan lo que es un desgreñado, pero no le gritarán «boludo» ni «desgreñado», al menos no mientras lleven esas corbatas.

Al Viejo le cae sudor por la frente. Las gotas caminan sobre los laterales de su rostro y van a morir en una

barba espesa, donde procuran avanzar entre pelos blancos y morenos.

Esta vez tuvo cuidado de usar los restos de cultivos anteriores para preparar el suelo; ya están descompuestos y darán vida a nuevas generaciones. Con su azada, el Viejo remueve una tierra marrón y oscura, bullente de la fertilidad de los viejos días. Lo importante es deshacer terrones y airear. Piensa que a los niños los quiere especialmente lejos (son muy preguntones). La herramienta vuelve a bajar y remueve, desmenuza. Es temporada de

zanahorias, y por ello ruega que las temperaturas descieran un poco. Ya ha experimentado mucho con zanahorias. Y con lechuga, y con cebolla, y con pimiento, y con patata, y con guisantes, y con tomate. De todos estos, prefiere el tomate: entre dulce y ácido, perfecto.

El sol le pega en el cabello ensortijado, húmedo de transpiración, que le cae hasta media espalda, y que tiene atado en una cola de caballo armada sin cuidado. También golpea en la nuca que el pelo entrecano, antes castaño, no logra cubrir. Hace años

que ciertas zonas de su piel han tomado un tono más oscuro. El Viejo a veces piensa que ha olvidado el verdadero color de su piel; otras veces se dice que no existe un verdadero color.

Pasado el mediodía, y después de toda una mañana de trabajo en su siembra, cruza la puerta de una humilde cabaña de madera. Se sienta frente a una mesa basta y se dispone a preparar su almuerzo, como todos los días. Tiene en un bol una gran cantidad de guisantes que esperan su turno para ser pelados. Se dedica a

quitar las vainas una a una, sin apuro, mientras mira de costado el paquete de arroz que ha intercambiado en el pueblo con el almacenero, Gino. Le costó unos cuantos guisantes, nada más. Gino no abusa en el trueque. Él tampoco se lo permitiría. El Viejo es astuto, como muchos viejos.

Cuando termina de pelar los guisantes, abre la llave del grifo y llena una olla con agua. Enciende una buena cantidad de leña, de la que está bien abastecido para toda la semana, para poner en funcionamiento la vieja cocina. Este pesado objeto, con sus

molduras recargadas y esa piel renegrida, parece y es más antiguo que quien lo usa.

Ni bien la leña toma temperatura, deja la cazuela y se dedica a leer a Pedro Salinas mientras espera que el agua hierva.

Los besos que me das
son siempre redenciones:
tú besas hacia arriba
librando algo de mí,
que aún estaba sujeto

en los fondos oscuros.^[1]

El agua está hirviendo. El Viejo deja caer los guisantes en ella. Estas legumbres tardarán más en cocinarse que ese arroz blanco, que considera algo soso. Le gusta más el integral, pero es más difícil de conseguir en trueque. Al rato agrega también el arroz, para que todo termine junto, y cuando, varios versos después, el arroz le parece cocido, mete una cuchara con la que saca unos cuantos granos. Los prueba para verificar la consistencia y se contenta con el

resultado. Entonces quita la olla del fuego. A continuación, cuele el arroz y los guisantes con un instrumento para ello agujerado, antiguo y con algunas abolladuras, producto del tiempo y del maltrato; no merece el nombre de colador. Otro de los tantos objetos heredados al hacerse cargo de la cabaña, que no sabe cuántos años o cuánta historia tiene.

El Viejo agrega una pizca de sal a la preparación, también obtenida mediante el trueque, y coloca el plato sobre la mesa. Después cierra con cuidado *La voz a ti debida*, porque

sabe que hay libros que se cierran y abren con amor, y que deben cuidarse toda la vida, como este. Lo coloca en una estantería de madera vieja que está fijada con tornillos a la pared al final de un pasillo. Evita mirar las caras de las personas que le sonríen desde las fotografías que duermen en eclécticos diseños de portarretratos: Tigre, Lagos de Palermo, Mar del Plata, Florianópolis. Marcos regresa y se sienta a disfrutar de su alimento en la única silla que hay en el comedor.

El Viejo prueba la comida y se siente afortunado. Lanza un sonido

que se parece a una sucesión de emes. Considera que las palabras sobran. No solo introducirán aire en su estómago, lo que luego podría causarle gases, sino que no hay nadie que lo escuche.

Por la noche, amasa, deja levar y pone a cocinar el pan. Cuando está listo, lo saca del horno y lo deja sobre la mesada de la cocina para que se enfríe; después lo envolverá con un trapo hasta la mañana siguiente.

Con un farol de queroseno encendido, digno de un gran campista, va hasta el porche y se sienta en un ancho banco de hierro. Deja el farol a

un lado, como si fuera un compañero silente transformado en luminaria por algún hechizo. Abre *La amada inmóvil* en la página ciento cincuenta y cinco, porque ya sabe de memoria el contenido de cada página, y lee uno de sus poemas preferidos:

Vivir sin tus caricias es mucho
desamparo;

vivir sin tus palabras es mucha
soledad;

vivir sin tu amoroso mirar, ingenuo
y claro,

es mucha obscuridad...^[2]

A la mañana siguiente se pone en pie cuando el primer rayo de sol toca la tierra. No necesita despertadores ni ninguno de esos objetos más o menos desechables que usan el resto de los mortales: su reloj biológico funciona mejor que los mecanismos suizos.

Calienta el agua para su mate, lo ceba, y se dedica a sorber el líquido y comer a mordiscos una porción del pan que preparó la noche anterior.

Camina hacia el fondo de la propiedad, hasta un cuartucho de

herramientas levantado solo con algunas maderas y una chapa. Trae con él una escalera de tijera y un cajón de plástico que se ve resistente. Abre la escalera debajo del árbol de aguacate y se sube a ella. Cosecha los frutos que encuentra de color renegrado, incluso los que están más maduros y deberían comerse en los próximos días (guarda estos para sí).

En el dormitorio, frente al único espejo de pie de la cabaña, se observa el aspecto demacrado, algo cansado, bastante viejo. Se dice que el apodo puede estar bastante merecido: las

canas en los últimos años han crecido como la mala hierba en las siembras abandonadas, la piel de los ojos está surcada por algunas huellas del sol y del dolor, tanto pelo en su cabeza ensombrece la posibilidad de identificarlo como alguien que viene de algún lugar.

Con un peine de plástico de dientes finos que saca del cajón de la mesita de noche, se peina un poco los cabellos y la barba de unos veinte centímetros.

Hoy es día de comercio. Con su cosecha lista, camina hasta la bicicleta

que lo espera en el porche. Coloca el cajón sobre la canasta y se va pedaleando hacia el centro del pueblo.

Catalina



Catalina ha pasado toda la noche sin dormir y no ha podido escribir más de mil palabras. Eso, aunque suene a mucho, es nada para un escritor. Y es aun menos para un editor. Catalina tiene que entregar cien mil palabras

cuando termine el verano. Aunque recién cruzan por el calendario los primeros días de enero, el objetivo parece difícil de cumplir.

Nada volvió a ser lo mismo después de *Voces rojas*, la primera y famosa novela de Catalina Toledo. Fue tal el éxito que logró con ese salto al vacío, luego de recibirse de licenciada en letras, que decidió cortarse el cabello, algo que nunca pensó que sería capaz de hacer. Y ahora así está, con tres mechones por aquí y otros tres por allá, cubriéndole apenas su cara regordeta, que considera demasiado

nutrida.

Habita en su departamento alquilado, que da a una ruidosa calle de la ciudad argentina de Córdoba. Por la ventana se cuele el primer resplandor del día. Los objetos están comenzando a tomar colores más claros. Catalina siente que su mente ya no da más, que pronto va a colapsar, pero todavía no logra concluir el primer acto. No imagina cómo puede llegar al nudo sin haber resuelto el inicio. A veces se plantea si debería comenzar a escribir el libro por el medio, como aconsejan algunos

nuevos escritores con ideas poco ortodoxas.

Catalina vuelve al escritorio donde está abierta su vieja computadora portátil y deja una taza de café sobre él. Se acerca a la ventana y ve parar el mismo autobús que hace lo mismo todos los días a la misma hora, a las seis, cuando ya está amaneciendo, y luego cada diez minutos otra vez, regularmente. La luz del sol da a los ojos pardos de Catalina un brillo especial, que hace ignorar sus ojeras, y confiere a su semblante pensativo un aire más cálido. Sus iris lucen más

verdes.

Le llega a las fosas nasales el olor inconfundible del café, su preferido. Sabe que puede tomar cuanto quiera porque no logrará quitarle el sueño.

Se sienta frente a la pantalla centelleante en blanco, donde el programa espera que ella vuelva a la carga. No suma ni dos palabras. Toma el café como un robot; sostiene la taza con la mano izquierda mientras con la derecha toca la tecla de la flecha hacia abajo, con la que se desplaza por el documento, releyendo, mientras sus ojos se mantienen estáticos. Y llega al

final de lo que escribió. Y no hay nada más. Las pocas palabras que quieren hablar parecen basura pura.

Termina de tomar el café, se revuelve el cabello y deja los brazos cruzados en la nuca. Sabe que le quedan solo treinta minutos más de batería, porque todos los días es lo mismo y su cuerpo ya está dando las señales innegables del cansancio: el bostezo, los ojos pesados, la presión en la frente. Debe abandonar. Hoy no logró el objetivo del día. Mañana, quizás.



Es la una de la madrugada y suena el despertador del teléfono inteligente de Catalina. Se anuncia con George Michael, porque a Catalina le gusta George Michael, y sobre todo *Careless whisper*, porque, según ella, todos nos querríamos despertar con un murmullo descuidado.

Algunas veces, cuando despierta y sus labios gruesos se abren en un bostezo ya no tan matutino, sino más bien vespertino, se pregunta qué

pensaría Edgar Allan Poe de que una seguidora tan acérrima se despertara con George Michael. Luego se dice que ella es dueña de despertar como quiera y con quien quiera.

Catalina va hasta la heladera y saca una caja de leche con chocolate. Se siente fría, y se alegra, porque a esta hora ya está haciendo demasiado calor, a pesar de haber llovido el día anterior. El líquido espeso es vertido sobre el vaso y cae con el color del agua enlodada.

Toma de la alacena uno de los bizcochos dulces que compró la tarde

anterior y le pega ya unos mordiscos antes de ubicarse frente a su escritorio, donde seguirá pensando acerca del punto de la historia en que se quedó atascada ayer.

Continúa con la rutina: mastica y bebe a grandes sorbos, y piensa en el estancamiento. En esto más que en la historia.

Suena su teléfono móvil con el *ringtone* de WhatsApp. Alguien que sabe que ella no madruga le está escribiendo. Estira su brazo hacia el aparato mirando hacia adelante, concentrada en la nada. Lo agarra y lo

acerca. Lee. Es Claudia, como siempre.

Hola, Caty. Viste que Juanjo ya no me da me gusta? No sé para qué quedamos de amigos, si ya cortamos. Lo debería eliminar del face, estaba pensando. Vos qué creés?

Como prefieras...

(Escribiendo...)

Estás medio dormida?

Creo que sí

Con razón. Hablamos después?

Mejor

Ok. Un beso

(Emotición de beso)

Sigue con su leche. A los cinco minutos, suena otra vez el teléfono. Es

Jorge, el amigo que le envía tres memes en promedio por día. Catalina alza sus cejas finas y se ve graciosa. Se trata de un perro con una ametralladora que dice alguna estupidez que no le causa gracia. Que no, que no se conquista a una mujer enviándole memes. Bah, tal vez ni siquiera la quiere conquistar. No le piensa responder; no importa que la aplicación advierta al remitente que el mensaje fue leído.

Termina la leche con chocolate y apura el trozo de bizcocho que pasa demasiado seco por la garganta, sin

haber sido ni ensalivado.

Ni bien lo traga, vuelve a sonar el celular: esta vez es el grupo de compañeros del secundario, que se quieren juntar a «tomar algo» y hablar de viejos tiempos.

Catalina silencia el teléfono y lo deja abandonado sobre la cama, donde no lo vea brillar. Enciende su portátil y espera que las musas bajen, a hondazos, si es necesario.

* * *

Han pasado cinco horas y Catalina solo escribió una larga descripción. Ella sabe que la teoría dice que en el primer borrador hay que apartar al crítico interno, pero aun así este señor le asoma a veces por el hombro y le repite que esa página descriptiva tiene resabios de páginas anteriores. Y el maldito enano ese, como ella le llama, no para de hablar lo mismo, como si tuviera el discurso grabado, hasta que uno le presta atención y comienza a convencerse de que sus logros no son tales. Por eso dicen que hay que eliminar al enano. Tienen razón.

Mira la hora en la esquina inferior derecha de la pantalla y comprueba que ya son las seis. Debe ir a casa de su hermano, Bautista, que se fue de vacaciones a Cariló y la dejó al cuidado del perro. El animal le simpatiza mucho; su hermano, no tanto. «Es un gran honor, hermanita, porque yo no dejo a mi hijo perruno en manos de cualquiera». Ay, sí, gracias por la confianza. También podría haberle cambiado el sistema operativo antes de marcharse, el muy egoísta, que ese vejestorio de computadora portátil responde con lentitud. Menos mal que ella no

necesita mucho para escribir, pero navegar en internet ya requiere de una dosis de paciencia.

Y Tomy la espera, porque el perro tenía que llamarse Tomy. Además de su nombre, del que no tiene la culpa, tampoco tiene la culpa de tener hambre y sed, y estar solo, así que Catalina debe ir a casa de Bautista y dar de comer a Tomy.



Son las ocho y Catalina está

entrando por la puerta del departamento. No la espera ningún Tomy, pero el Tomy de su hermano está muy bien. Le ayudó a levantar el ánimo, después de todo. Le latigueó la pierna con la cola, pero no le molestó, porque lo hacía para demostrar alegría y cariño. Está muy solo Tomy, como ella, o más, porque ella no espera que nadie vuelva pronto de Cariló, y la soledad en la espera es más ancha.

Se toma otro vaso de leche, que hace las veces de merienda, y vuelve a su lugar de trabajo.

Los hondazos no han servido para

que hoy bajen las musas. Está pensando en la chatura de su protagonista, en lo que le está haciendo hacer, en que no reacciona al cien por ciento de sus posibilidades (como debería). Concluye que quizás otros piensen que es idiota. Asume que su protagonista quizá sea idiota, y no debería, ¿o sí? Porque, si fuera idiota, debería ser un idiota con gracia, un idiota interesante, y no un idiota más.

Sigue meditando sobre este asunto cuando comienza a sonar una música inquietante que brota del

departamento adyacente. Y no es el grito de presuntos muertos, como suele ocurrir en sus historias, sino un ruido estridente de «punchi-punchi», como ella le llama, que le revienta la paciencia nada más empezar a sonar. Es otra vez el pendejo de al lado; tiene que ser. Sus oídos no pueden estar equivocados, porque los muebles están por comenzar a vibrar. Además, lo hace siempre, Ariel. Arielito y sus amigos. Claro, como ya se le terminaron los cursos y los exámenes a Arielito...

Bufa y busca en el listado telefónico

el número del administrador del edificio. Todos saben que no pueden hacer fiestas aquí, incluso Arielito. Ella cumple con las normas; que los otros hagan lo mismo. El teléfono suena con insistencia del otro lado, pero nadie responde. Al fin, el contestador automático dice, con la voz gangosa del administrador, que se encuentra de vacaciones, y que para tratar cualquier asunto urgente se puede recurrir al portero. ¡Al portero! Con razón el inútil suspendió las reuniones de consorcio por un mes. ¿Dónde estará? Y ella, aquí, mirando la pared que da al vecino, esperando

que, de un momento a otro, los objetos comiencen a bailar, como en las películas de Disney, ¡como en Disney!

Catalina apaga la computadora portátil, la mete en su mochila y baja a buscar el ómnibus 120.



Llega a casa de sus padres luego de soportar las incontables vueltas del transporte público. Aquí espera poder pasar las horas de la noche en paz. Si

algo va a interrumpirla, espera que le resulte inspirador, porque el tercer libro de la trilogía no se escribirá solo, y no puede ser trilogía sin un tercer libro, y ya no queda tanto del verano, y... y...

Y vuelve a encender la computadora porque tiene que dejar de amasarse el cerebro.

Aunque las horas pasan, las frases llegan de a poco y sin gracia, como si se tratara de una gotera después de muchas horas sin llover.

Si relee, tampoco alcanza ritmo. Algunos párrafos escritos le dan ganas

de llorar; otros, de reír. Pero de miedo, nada, ni hablar.

Las gráficas del programa que utiliza para escribir no mienten. *Voces amarillas* no llega a un tercio de la cantidad de palabras que necesita. Las voces amarillas están muy calladas.

El pueblo



Marcos se baja de una vieja bicicleta que existe hace dos decenios. Funciona como si se la hubieran vendido ayer. La encontró entre los trastos de la cabaña cuando se mudó, hace ya diez años. No le costó tanto

volver a ponerla en condiciones. Solo necesitaba un cambio de cubiertas. Ahora, este es el vehículo que le permite reducir los tiempos entre la cabaña y el resto del pueblo.

Desde el centro de Pinos Altos, a unos tres kilómetros de lo que él llama «su cabaña» o, a veces, «su casa», esta apenas se ve como una mancha marrón en el horizonte. Está en una falda, y el pueblo en un valle, por lo que la vista es preciosa desde cualquiera de las dos ubicaciones.

Detiene la bicicleta en «Lo de Gino». La deja amarrada con una

cadena a un poste de luz. Aunque se piensa que la crisis de seguridad todavía no llegó a Pinos Altos, se sabe que, al regresar la energía eléctrica tras los apagones de los últimos días, algunas víctimas se vieron sin sus objetos preciados, por lo que todos dan por hecho que hay ladrones entre los vecinos, aunque nadie sepa quiénes son.

«Lo de Gino» se ubica en una esquina y tiene una fachada muy llamativa. El cartel con el nombre es de un rojo furioso; las paredes están pintadas de verde esmeralda. Se trata

del almacén más importante con el que cuenta Pinos Altos. Es poco probable que un supermercado se asiente en el pueblo, y lo más parecido que hay es este establecimiento.

El Viejo empuja la puerta de vidrio abatible e ingresa al interior de la tienda. Allí hay de todo: heladeras con múltiples brebajes comerciales, estanterías con víveres de todo tipo, un mostrador límpido acompañado de caramelos y cajas de cigarrillos con diferentes diseños, y Gino. Este último es una parte esencial de todo aquello que constituye «Lo de Gino».

El dueño absoluto del lugar es alto, fornido, pero no gordo. Se peina el cabello hacia atrás, valiéndose para ello del mejor gel que su negocio le puede proveer.

A su lado, en este momento, está Lorenzo, su hermano. Es algo calvo y decide raparse hace muchos años. Mira hacia el mostrador, con los mismos ojos celestes de cristal que tiene Gino, pero más apagados. Su mirada siempre se inclina hacia abajo cuando viene a pedir algo.

Hay sobre el mostrador dos litros de leche, un kilo de carne, dos paquetes

de fideos secos y un kilo de azúcar.

Marcos observa la escena durante un momento breve mientras los hermanos se despiden. No sabe si a Lorenzo le da vergüenza vivir de las ganancias de su hermano, pero, por si las dudas, mantiene una distancia respetuosa durante estos intercambios. Los ojos color avellana de Marcos no necesitan más de dos segundos para registrar la escena. El Viejo del bosque preferiría no tener que presenciarla.

Lorenzo lo saluda cálidamente (siempre es cálido con todo el mundo,

como debe ser la gente que depende de los demás para vivir) y se marcha.

—Hola, Gino —dice Marcos.

—Hola, Viejo. ¿Cómo va lo tuyo?

—Bien. ¿Tu negocio?

Gino está limpiando una vez más el mostrador. Es un obsesivo de la limpieza, pero parece empeorar cuando su hermano acaba de pasar por aquí. Suele insistir con la gamuza sobre el mostrador como si el diablo mismo hubiera dejado su huella de azufre y él tuviera que restregarla con agua bendita. Hubo ocasiones,

incluso, en que el Viejo lo vio esparcir desodorante de ambientes ni bien Lorenzo abandonó el negocio. Podrá decirse que Gino usa mucho el desodorante de ambientes, pero también es cierto que la tasa de uso aumenta de modo significativo tras una partida de su hermano.

—No me puedo quejar —dice Gino mientras pone una cara de mediano asco y continúa su accionar con la gamuza.

La respuesta y el rostro parecen no coincidir, como sucede tantas veces con Gino. Mueve la mano con

lentitud, como si estuviese acariciando en lugar de limpiar.

Marcos lo considera una persona calma, pero Gino a veces le trae reminiscencias de ciertas plantas carnívoras. Ese tipo de movimientos podría ser el paso previo de un brusco cerrarse de hojas, como brazos asfixiantes.

Una motocicleta grita sobre el volumen del último cantante pop que está pasando la radio. Gino siempre escucha la radio a un volumen que no moleste a los clientes. A él tampoco le gusta que lo aturdan. El hijo del

almacenero y su banda de amigos avanzan rápidamente, ruedas delanteras en el aire, por la avenida Lugones. El sonido de las motocicletas se va callando de a poco.

Gino permanece callado. Solo mueve la cabeza hacia los lados.

—¿Me trajiste arroz integral? — pregunta el Viejo.

—Solo para vos —le contesta el otro, con la calma que lo caracteriza, y ubica con humildad el trapo que acaba de «ensuciar» en un estante interior del mostrador donde nadie podrá saber sobre la mugre.

Marcos lleva el arroz integral hasta el mostrador y paga a Gino con el importe justo.

—Gracias —dice el comerciante.

—A usted —dice el Viejo, y le sonríe apenas bajo su barba tupida.

En ese momento ingresa Emilio, el único hijo de Gino. Levanta la punta del mentón para saludar al Viejo. Ante tanta falta de educación, Marcos no est  dispuesto a mostrarse más amable, y responde con el mismo gesto. Por lo general, esa es la actitud que toma con Emilio: la imitación o la indiferencia (o ambas).

El hijo, de apariencia impresionante como el padre, con su cabello rapado en parte, largo y libre al medio, como si fuera una planta que creciera sobre el meridiano de Greenwich de la cabeza, no suele pasar desapercibido. Tampoco parece buscarlo.

Gino niega otra vez con la cabeza y toma el crucifijo del rosario negro que siempre lleva colgándole del pecho, «por una promesa», según le contó una vez al Viejo.

Marcos no puede evitar mirar el gesto sobre el pecho sin pelo que se muestra hasta la mitad, allí donde no

lo cubre esa camisa color pastel (todos los días de la semana el color varía: verde, rosa, amarillo, gris...).

El Viejo toma su paquete de arroz y rechaza la bolsa de plástico que Gino le ofrece; el comerciante parece olvidar que obtuvo el mismo resultado en muchas ocasiones anteriores. Marcos guarda el cereal en una bolsa de tela que tiene dibujada la silueta de una ciudad.

Sale de nuevo a la calle y desata la bicicleta para emprender camino con su móvil hasta la siguiente parada: la verdulería.



El Viejo lleva el arroz en la canasta de la bicicleta junto con una pesada provisión de aguacates. Estaciona detrás de la camioneta Fiat blanca de Tito, el verdulero. El Viejo se baja con los frutos en la mano.

Lo primero que siente Marcos antes de ingresar en la verdulería es el aroma inconfundible del perfume espeso de Tito. En las otras verdulerías hay olor a cebolla, manzana y apio, pero no en este caso.

Este amable hombre parece querer competir a nivel olfativo con los productos que vende.

Luego de su perfume, viene él. Tito lo recibe con el bolígrafo en la oreja (como es costumbre) y se apresura a tomar el cajoncito con aguacates.

—Hola, Marquitos. Ya las esperaba. ¿Cuánto?

—Hola, Tito. Son cinco kilos. Te lo dejo en trescientos.

El pequeño hombre va hasta la caja y trae el monto necesario para cerrar el trato comercial. Tres billetes

morados. Los aguacates del Viejo valen eso y mucho más. Entrega el dinero a Marcos y este lo guarda en un bolsillo de tantos que tiene su pantalón informal color caqui.

—Tomá esto también —le dice el verdulero, y le da dos manzanas.

—Gracias, Tito.

El hombre asiente con la cabeza, alegre de haber hecho sonreír a su amigo. Lo que los demás piensen del Viejo, a él lo tiene sin cuidado. Es la persona más fiable con la que ha tratado y hacen muy buenos negocios. Si le dice que en tres días trae tal cosa,

trae tal cosa. Si le dice que es de primera calidad, es de primera.

—Siempre te quise preguntar cómo te hiciste esa cicatriz en la ceja —dice Marcos, con un acento porteño sin desgaste, mientras deja los antebrazos sobre el mostrador en actitud amistosa.

El verdulero le mira las manos rudas durante un momento. Marcos se da cuenta. Procurando que no resulte obvio, oculta la mano derecha.

—Cómo laburás, ¿eh?

—Y... sí.

Tito parece acordarse de la reciente pregunta del Viejo.

—¿La cicatriz, me decís? Bueno, eso tiene su historia. Mirá, te la cuento rápido. No sé si era despierto o no, pero yo siempre fui muy activo de chico. Y había una nena que nos gustaba casi a todos. Era una pelirroja con unas pecas preciosas. La mirábamos como a una muñeca, qué se yo, no como se mira a las mujeres más tarde, no pienses mal. Y la nena esta, más allá de ser pelirroja, vestirse como una damita y usar dos coletas a los costados de la cabeza, era un poco

rara. Le gustaban las ranas. Yo no sé, no conocí a otra nena a la que le gustaran los reptiles. Era rara. Y la encontré un día junto al río, mirando a una que croaba como loca y se escondía en un agujero que había hecho el agua en una piedra gris. Me dijo que la quería, y bueno, yo no tuve mejor idea que hacerme el héroe e ir a jorobar a la pobre rana. Así que me descalcé, cosa que nunca se debe hacer para entrar a un río de lecho pedregoso, y comencé a caminar sobre las piedras con musgo. ¿Qué pasó? Que a los tres pasos me resbalé sobre ese jabón verde que había en el fondo,

y antes de llegar a la rana casi me rompí la cabeza. Por suerte no me quedé idiota (creo, no sé) ni perdí el conocimiento, pero la cabeza me dolió un poco durante unas horas y sangré como loco por el tajo que me había hecho sobre la ceja —dice Tito, señalando al tiempo la marca por arriba del ojo izquierdo que le dejó la vivencia relatada.

—Ah, es como una cicatriz amorosa.

Tito sonrío satisfecho y el pecho ancho de pollo se le hincha de orgullo.

—Algo así —cierra Tito mientras

sacude también un poco los hombros —. Y hablando del amor... Me dijeron que andás saliendo con la Viviana vos...

—No salgo con ella, en realidad — dice el Viejo, y acomoda su peso al doblar la pierna tensa.

—¿Tema de cama nomás?

El Viejo no contesta.

—Ya sé que sos reservado, pero ya sabés que yo no le cuento a nadie. Yo me entero de esto porque todos me vienen a chusmear, pero yo soy receptor, no emisor. Además, hace

años que tratamos. Vos sos un poco más joven que yo, haceme caso, no te jodas la vida. Toda la fiesta que quieras, pero con cuidado.

—Por supuesto, Tito.

—Es que ya viste cómo me fue a mí.

—No te fue tan mal. Tu mujer te respeta mucho y tenés una hija maravillosa.

—Es muy chica para vos —advierde Tito, apretando la panza contra el mostrador, mientras lo señala con un dedo.

—Sí, efectivamente. Tiene edad para ser mi hija. No lo digo en ese sentido, Tito —aclara Marcos, como una obviedad, mientras niega con la cabeza.

—Ah, entonces perfecto. Sí, es maravillosa. Pero por ese bendito embarazo... —comienza con fricción Tito, como tragándose las palabras, con la boca cerrada y los labios en tensión—. Ya te deben haber contado...

—En realidad, no. Ya sabés que vos sos uno de los pocos con los que hablo —le dice el Viejo mientras se acoda

en el mostrador, porque intuye que Tito quiere relatar algo que es importante para él.

—Y... fue por el embarazo de Rosa que nos casamos, Marquitos. —Tito se saca el bolígrafo BIC de la oreja y lo coloca en uno de los bolsillos de su deslucida camisa a cuadros—. Flor es maravillosa, como vos decís, no te lo niego, pero con Rosa no nos quisimos nunca, y me temo que eso ya no tiene solución.

—Te entiendo, Tito. Debe ser duro.

—Yo de lo tuyo ya sé, y sé que debe ser más duro todavía perder a alguien

que querés. No quise traerte malos recuerdos.

—No te preocupés. No pensés que hay una manera de hacer que alguien recuerde u olvide algo como lo que me pasó. No se recuerda ni se olvida. Es algo que se lleva con uno nomás — dice el Viejo mientras se acomoda los cabellos hacia atrás, aunque no tiene ninguna mecha suelta.

Tito baja la mirada y asiente.

—¿Ya fuiste a la biblioteca a inscribirte? —le pregunta Tito, intentando hacer que el otro salga de la cueva, con un tono demasiado

animado para la conversación que acaban de tener.

—No, todavía no fui. Ahora me voy a ir a inscribir.

—Tené cuidado con ese tipo —le dice el verdulero mientras lo señala con el bolígrafo.

—No lo bancás, ¿no? —le pregunta Marcos.

—No, qué lo voy a bancar. No lo soporto para nada.

—Ahora que recuerdo, fue por eso que empezamos a hacernos amigos.

—Sí, dicen que siempre ayuda un

enemigo en común.

—¿Sigues diciendo que le robás?

Tito se cruza de brazos sobre el mostrador y deja caer todo el peso de su pecho y de su frustración.

—Sí, insiste con lo mismo — contesta el verdulero mientras mira una pared desierta de la tienda, probablemente sumido en sus recuerdos—. Desde que puse el negocio que salió con eso de que la mitad de mis verduras eran de sus campos.

—Es una estupidez.

—Y sí... pero el tipo se imagina cosas... es un perseguido. No sé... Me parece que con la mujer le pasó lo mismo. El tipo tenía la idea fija de que era carnero. ¡Nada que ver! Si todos conocíamos a la mujer por aquí. Eso de meter los cuernos nunca sale bien en Pinos Altos... es demasiado chico... Por eso será que nadie hace eso aquí, y no porque seamos todos unos santitos —dice Tito mientras se ríe con algo de sorna.

Marcos se contagia de la risa. La sinceridad de Tito le resulta reconfortante.

—Contra mí también tiene algo —
continúa Marcos.

—Es un idiota. Es porque no sos
cheto.

—Sí, me imagino que pasa por la
facha. Bueno, Tito, te voy dejando.
Voy a ver si el idiota me quiere
inscribir —le dice Marcos mientras le
extiende la mano.

El otro se la estrecha.

—Chau, Marquitos. Ya sabés que te
podés venir a hablar nomás cuando
vos quieras.

—Sí. Nos estamos viendo, Tito.

El verdulero le regala un asentimiento con la cabeza y el Viejo se vuelve a montar en su bicicleta. Separa uno de los billetes obtenidos en el intercambio y pone en marcha su móvil.



Marcos arriba a la biblioteca. El edificio es una vieja casa de estilo neocolonial, recientemente pintada de color rosado.

El Viejo aparca su bicicleta en la

entrada y la deja atada a la puerta. Respira hondo antes de ingresar. Sabe que se va a encontrar con Daniel Aguirre, quien se cree el virrey de la región.

Al frente está el escritorio de este, el bibliotecario de la tarde, con su nariz torcida que el poseedor considera bonita porque es igual a la de su padre, adinerado como él. «Pero, en realidad, es solo una nariz torcida», se dice Marcos, mientras le mira su camiseta Polo, parecida a las que usaba él en otros tiempos, en encuentros familiares o amistosos de

fin de semana.

El bibliotecario está analizando un registro con mucha dedicación, señalando los renglones con la punta de un bolígrafo de pluma. Los ojos verdes del hombre barren las hojas de arriba abajo.

—Hola, buenas tardes —dice Marcos para llamar la atención, aunque supone que el bibliotecario ya advirtió su presencia y lo estuvo ignorando.

Daniel eleva la cabeza con desgana.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo

ayudarlo?

—El otro día vine a preguntar por libros de horticultura. Me dijo el bibliotecario de la mañana que no estaba muy seguro de que hubiera.

—No hay libros de horticultura. Aquí la mayoría de lo que hay es literatura. Además, necesitaría ser socio para llevarse los libros —dice Daniel mientras le mira las zapatillas viejas con restos de tierra.

No es que pensara que era otro peón más. Ya llevaba mucho tiempo viviendo en Pinos Altos y Marcos sabía que todos estaban enterados de

que él era «el Viejo del bosque» o «el Viejo de la cabaña».

—Estoy dispuesto a asociarme. De cualquier modo, me interesa la literatura. El encargado de la mañana me dijo que solo necesitaba el documento y veinte pesos para ser socio.

—Sí, pero ya subió. Ahora son veinticinco —le dice Daniel, y lo mira con cara de suponer que el Viejo no podrá pagar veinticinco pesos.

—Está bien. No hay problema. ¿Me puede asociar?

Daniel golpetea el escritorio tres veces con la cabeza de su bonito bolígrafo.

—Deberá esperarme un momento.

—De acuerdo —responde Marcos de manera seca, y se sienta en una mesa lateral sin esperar a ser invitado.

Daniel se toma todo el tiempo necesario para terminar de revisar los registros. Parece estar anotando nombres. Quizá se trata de las personas que le deben libros. La lista debe tener al menos diez integrantes. «O quizá se trata de todos los verduleros de Córdoba que, según

supone, se dedican a robar verdura de sus campos», piensa Marcos, y sonrío, y esto no es bueno, porque en ese momento Daniel lo mira y se da cuenta de que está resultando divertido para el extraño recién llegado.

El bibliotecario, con una voz monocorde y seca, le pide uno a uno todos los datos, que Marcos va proveyendo conforme le van siendo solicitados. Daniel se va con el documento, le saca una fotocopia, vuelve y entrega el original. Mira la fotografía del hombre que tiene en la

copia. Mira a Marcos.

—Soy yo —asegura el Viejo, mientras asiente.

—Está muy cambiado —le dice el otro, y el matiz no parece dar a entender que se trate de un cambio para bien; no suena como un cumplido.

—Todos cambiamos —responde Marcos, cuando el otro le está indicando con la punta del dedo índice dónde debe poner la firma en el formulario de afiliación.

Marcos prefiere no mirarlo, no

medir su respuesta, y se dedica a firmar. El otro parece asombrado por la buena caligrafía del Viejo.

«Oh, este zafio sabe trazar mayúsculas», se dice para sí Marcos, y se ríe otra vez. Daniel lo observa nuevamente y el rostro se le tiñe de rojo.

—Puede tener en su poder cualquier libro mientras no sea de estudio, que esos se reservan para los chicos durante temporada de clases. Debe tenerlo durante un máximo de quince días y devolverlo. Luego, cuando lo devuelva, puede llevarse un nuevo

libro.

—Entendido —dice Marcos—. ¿Ya soy socio?

—Sí, ya le voy a entregar su credencial —contesta Daniel, antes de desaparecer por un pasillo que lo conduce a la parte trasera de la biblioteca.

Mientras tanto, el Viejo revisa los libros de la sección de botánica. Por allí, cerca, encuentra algo sobre el sembrado de legumbres. Toma el libro en la mano y lo lleva hasta el escritorio del bibliotecario.

El otro vuelve y le entrega la credencial.

—Gracias. Mire, sí hay algo de horticultura.

Daniel mira el libro de reojo. No le gusta el gozo que transparenta la voz de Marcos.

—Ah, sí, puede ser que haya unos cuantos libros al respecto.

—¿Me lo puedo llevar?

—Sí —le contesta Daniel mientras lo mira a los ojos, que lo atraviesan más que analizarlo.

El bibliotecario registra el préstamo

y entrega el libro.

—Quince días —aclara Daniel.

—Sí, tengo una inteligencia promedio y entiendo las cosas a la primera vez. Gracias.

El bibliotecario abre más sus ojos, como si no pudiera creer que este hombre de aspecto humilde se haya atrevido a contestarle de esa manera.

El Viejo sale de la biblioteca y sonrío. Hace calor; el verano llegó también a Pinos Altos. La casa del frente, beis, simula una bandera compuesta por dos triángulos, porque

la parte donde el sol impacta inclinado parece amarilla.

Costó algo de molestia y sudor, pero tiene en sus manos el libro sobre legumbres.

Daniel no lo sabía, pero el Viejo ya había dedicado media mañana a revisar el contenido de los estantes de la biblioteca, y tenía una idea bastante certera de los libros con los que contaba.



Un hombre y una mujer yacen desnudos sobre una cama de madera vieja. Una sábana amarilla se derrama sobre el suelo.

Ella no hace ningún esfuerzo por taparse. Él tiene las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos fijos en el cielorraso, como si hubiera muerto. Ella está levemente girada hacia él. Las uñas femeninas largas, de un esmalte azul descascarillado en las orillas, se arrastran con suavidad sobre la superficie del brazo derecho del hombre. Él no da muestras de agrado ni de disgusto.

La mujer mira hacia el antiguo espejo de pie que ha colocado tantas veces en su dormitorio en una posición planificada para poder observar el encuentro desde un ángulo exterior, por si quisieran mirar como espías y no como participantes. La superficie del espejo refleja la escena como todos los espejos de sus años: con algunas manchas negras. Los pies de él se ven muy grandes, así como las piernas. El resto del cuerpo se va achicando y el mentón barbudo no le dice nada. No encuentra en esa imagen las respuestas que busca.

Atascada en una situación de silencio y alejamiento en la que no sabe qué hacer, decide que se apretará a él. Ubica los dos pechos, maduros y llenos, sobre un hombro del Viejo. Marcos, por toda respuesta, mueve un poco el brazo y coloca una mano sobre el hombro de ella, pero la posa apenas. Ya no la agarra. Ya no la aprieta. Ya no la quiere cerca.

Ella espera un poco más. Supone que él está contando los segundos prudenciales en su mente, los segundos que formarán minutos que establecerán un cierto momento del

buen gusto para marcharse: ese que no puede ser ni demasiado temprano (apenas concluido el acto sexual) ni demasiado tarde (cuando ya lleven mucho tiempo sin tener idea de qué hacer juntos).

—Viviana, me tengo que ir.

—Mmmm —dice ella, como lamentándolo—. Algún día deberíamos darnos una noche para los dos.

—¿No será mucho una noche? —pregunta él con el tono de un erudito, mientras la mira en la espera de que ella despegue el cuerpo caliente y

sudoroso de su propia piel, que está en las mismas condiciones.

Después de un largo instante, ella comprende y se aleja. Por suerte, lo hace antes de que él tenga que sacarle la mano del hombro. Esto le ahorra malestar.

Mientras Marcos recoge del suelo su calzoncillo y sus pantalones, y se los coloca, ella se sienta sobre la cama y se tapa los pechos con un trozo arrugado de sábana. Mira el espejo, y la pared del fondo, con esa pintura horrible que le gusta a su madre, verde azulado, descascarada en algunas

partes, oscurecida por el polvo y la fricción en otras.

—Viviana, ¿sabés dónde está mi camisa?

Ella sostiene la sábana con una mano y con la otra señala una silla de madera vieja que se ubica junto a la cama, del lado en que él estaba acostado.

Marcos se coloca con rapidez su camisa de un azul pulcro.

Viviana mira los tres objetos que siempre se ubican sobre su mesa de noche en el mismo orden estricto

cuando está en presencia de Marcos: lápiz labial, caja de condones, cigarrillos. El orden de uso de los objetos es riguroso. Ya atravesaron el camino de los dos primeros; solo le queda el vicio. Un ejército de anillos observa la disposición a cierta distancia. Marcos siempre le pide que se los quite. Quizás en alguna ocasión le rayó la espalda.

Con movimientos bruscos, la mujer extrae un cigarrillo de la caja de cartón que los guarda y lo prende con un encendedor, que luego va a caer sobre la mesa de noche con un golpe

seco.

A Marcos no se le pasa por alto este sonido, que grita incluso sobre el ruido blanco perpetuo del ventilador de pie que les brinda su viento artificial. La sorpresa le hace interrumpir el proceso de subir la cremallera del cierre de su pantalón de vestir negro. El Viejo mira a Viviana.

La mujer tiene los brazos cruzados sobre el pecho. Este apriete sostiene bien la sábana, que le ayuda a cubrir sus partes más púdicas. Aprieta el codo del brazo del cigarrillo contra el otro codo, y solo mueve el antebrazo

de manera regular para acercar y alejar el cigarro a los labios.



Marcos termina de subir la cremallera mientras se pregunta cómo puede despedirse. Lamenta mucho estos momentos de tensión.

Hubo tiempos mejores. Cuando comenzaron, todo era como debía ser. Él había sido transparente: le había dicho, antes del primer encuentro, que podían ser buenos compañeros

sexuales, pero que no habría contacto sentimental. Ella había aceptado las reglas de ese juego con cierto contento, como si buscara lo mismo.

Los primeros encuentros eran solo eso: caricias, besos preparados para lograr un cierto efecto, fuegos artificiales y orgasmos. Besos de buenos amigos a la hora de separarse, sonrisa de ella, batiendo la mano desde la cama, desnuda todavía, cuando él se iba. Una sensación final de estar desfogado y de que la cosa iba bien.

Pero en los últimos meses, el fin de

las relaciones entre ellos suele ser siempre el mismo. Viviana no dice nada que le haga pensar que está enojada, pero hay en el movimiento de su pie una cierta inquietud, en el hecho de taparse con la sábana lo que él ha visto tantas veces una cierta réplica, una expulsión («no sos de aquí»), y en la manera de aferrarse al cigarrillo y expeler el aire hacia la derecha con la boca torcida un cierto hartazgo que busca expresarse.

—Si no te gusto, Viviana, esto no es una obligación. No nos debemos nada. No hay compromisos. Yo no te doy

nada ni vos me das nada aparte de estos encuentros. No nos necesitamos. Especialmente vos. Sabés que podés tener a muchos hombres, y quizás los tengas... no es mi asunto. Lo que no me gustaría es sentir que estoy haciendo daño.

—No te preocupes... —dice ella mientras da dos golpecitos en el cigarrillo para que las cenizas se asienten en el cenicero—. Si no fueras bueno en lo que hacés, ya habríamos cortado.

Marcos no sonríe. Acaba de abrochar la camisa y la despide con un

beso en la mejilla. Ella permanece sentada y saluda a su «chau» amistoso con un «chau» más escueto y soso.

Mientras Marcos recorre un pasillo tan estrecho que le obliga a guardar los brazos bien pegados al cuerpo, se dice que, después de todo, quizá sea muy mal amante, pero, si es así, ¿por qué ella vuelve a aceptarlo una y otra vez?

Sale a la calle y llena los pulmones de aire fresco. Cierra la puerta con suavidad, como si fuera un ladrón de obras de arte.

El olor de los cuerpos y de esa vela

aromática de falso jazmín que Viviana enciende en cada encuentro se disipa. Marcos espera que lo mismo le ocurra a esa emoción pesada, innombrable, que carga con él.

La novela



Querida Catalina:

Recordá que necesitamos el primer borrador para el día 4 de abril. Nuestro corrector no podrá trabajar más rápido. Ya lo estamos exigiendo demasiado. ¡Pobre hombre!

Estoy ansiosa por leer los primeros capítulos de tu novela. Sobre el subtítulo, aquí todavía estamos decidiendo. En cuanto tengas algo, enviámelo, por favor.

Saludos.

Marta Gassman.

Hola, Marta.

Te enviaré la introducción de la historia en cuanto pueda terminarla. Creo que los personajes todavía no han madurado lo suficiente en mi mente, pero estoy en pleno proceso de

escritura.

Me comunicaré con vos en cuanto tenga un avance digno de ser visto.

Saludos.

Catalina.

La pantalla de la vieja computadora portátil lanza luz sobre el rostro de la escritora. Catalina muerde lo que resta de goma rosada en la punta del lápiz negro, mientras recorre con la vista las pocas palabras que piensa dirigir a su editora. Cree que la puntuación es correcta y las ideas bastante claras. La

respuesta no suena agresiva, pero procura evitar que Marta continúe presionándola.

Marta Gassman es muy buena en lo que hace. Parte del éxito de su primera novela, debe asumir, se lo debe a su editora. Esto sin contar que Marta fue la que decidió dar una oportunidad a su borrador, rescatado de entre tantos que le llenaban el correo electrónico todas las mañanas.

Pero Marta es como un huracán: arrasa todo por donde pasa. Las cosas siempre tienen que estar listas para ayer. Todo tiene que estar planificado

y en orden. Nada puede escapar de su control. Las fechas de entrega deben cumplirse incluso con anterioridad. Si los empleados se muerden las uñas y tararean diez veces la misma canción, es porque Marta ya pasó por allí.

Las tres novelas pactadas con la firma editorial, de las cuales Catalina debe escribir la tercera, la obligan a entregar el trabajo al terminar el verano, ese verano que no ha hecho más que comenzar, pero que siempre cuenta solo con tres meses.

Marta es puntillosa, exigente, algo soberbia y muy *nerd*. Todas estas

cualidades le encantaron al principio, cuando recién la conocía y la cola de caballo que se hacía en ese cabello lacio perfecto, seguramente planchado por la mañana, parecía refulgir. Las facetas de su personalidad le parecían maravillosas en una editora. Ahora que siente que su aliento virtual le respira tan cerca, esos aspectos no le agradan tanto.

Un autobús de la línea 10 se detiene frente a la ventana del departamento de Catalina, haciendo un ruido que prueba que los frenos no están en su mejor estado.

Catalina deja al costado el lápiz con la punta babeada y clikea en el botón con la leyenda «Enviar». Listo. El correo ya salió.

Pero la introducción de la historia, no; eso no salió. Y aunque le dijo a Marta que estaba en pleno proceso de escritura, esto no es cierto. No ha hecho más que bosquejar a grandes rasgos una historia que no le convence en introducción, nudo ni desenlace. Y así está, aquí, con la mente agotada, después de dormir seis horas todos los días, cuando sabe muy bien que necesita al menos ocho para sentirse

fresca, pensando qué le ha pasado desde aquel tiempo en que, recién recibida de Letras, escupió *Voces rojas* en tres meses, como si fuera algo que tuviera que gritar.

A las ganas de gritar, a las ganas de mirar, a las ganas de ordenar las oraciones de la manera más bella posible, ¿qué les pasó? Bloqueo de escritor. Una maldición. Antes de comenzar a publicar, no pensó que eso existiera. Creía que era una especie de excusa para la vagancia de esos jipis medio aislacionistas que los escritores eran en su mente. Necesarios pero

extraños, claro.

Porque ella iba a ser profesora, no escritora. Si no fuera por *Voces rojas*...

¿Es escritora o se hace pasar por escritora?

Vuelve a Scrivener, el programa que usa para organizar, escribir y versionar sus historias. Observa el palito vertical titilando sobre la «hoja» blanca, esperando que llegue a su mente alguna mínima idea que le permita comenzar a hilar.

Pero la primera imagen no llega.

Parece que la historia todavía no puede ser contada.

La cabaña perfecta



Es domingo. Como tantas otras veces, Catalina se siente extrañamente muerta. Gira en la cama. Sabe que es mediodía (revisó el celular de reojo), pero no sabe cómo hacer para dejar las sábanas. Siente que es prisionera

de ese objeto para gente en posición horizontal que ayuda a alejarse durante una buena cantidad de horas de la realidad del mundo para absorberse en fantasías agradables o siestas placenteras. Aunque para ella no llega hace mucho tiempo el sueño reparador. Tampoco aquí encontrará la evasión que busca.

Se levanta de la cama con demasiada brusquedad, tanta que acaba mareada. Se mira el pijama descolorido, sucio, el de las calaveras, que no se cambia hace dos días. Se huele. No le gusta el resultado de la

revisión. Ingresa al baño, se ducha y sale más fresca, más despejada.

Se toma su leche con chocolate fría con su bizcocho de dulce de membrillo mientras lee el diario digital de hoy. El domingo es el único día en el que se da el lujo de leer el diario; el resto debe ser dedicado a la escritura y la lectura.

Todo va de mal en peor. La grieta se abre más, la gente se odia más. Ambos bandos acusan al otro de ser el culpable de todo lo malo que ocurre en el país. Se prevén cortes de luz por las altas temperaturas. Será un verano

especialmente caliente. Calentamiento global, más evidente cada vez. Asesinó a su novia por celos. Donald Trump quiere ser presidente de los Estados Unidos. Etcétera.

Catalina suspira.

—¡Qué desastre!

Se pregunta si debería seguir leyendo esto. Después de todo, ¿le sirve para algo? ¿No se están alimentando de sus peores emociones?

En el costado de la página web baila un gif animado de una casa que se mueve como si tuviera vida propia. Se

trata de la nueva sección de inmuebles del diario. Anuncia que cuenta con un excelente buscador e invita a hacer clic. Catalina obedece; hace clic. Quizás unas cortas vacaciones, dos semanas nada más, en algún lugar alejado. En las sierras, sí, puede ser. Calamuchita no, es muy caro; en otra parte. ¿Allá donde están los que meditan, en el Uritorco? No está segura. ¿Habrá naves espaciales de verdad entrando y saliendo de allí? ¡Qué tontería!

En el buscador de la aplicación de Inmuebles del diario, selecciona

cabañas o *bungalows*, porque no quiere pagar nada costoso. Presiona el botón con la leyenda «buscar». El sistema le devuelve una lista de muchísimos anuncios; son diez páginas de resultados. Nunca terminará de leerlos. Hay una opción de «Ordenar por». Selecciona «precio». Después de todo, los ahorros son escasos. Se actualizan los resultados. Los dos primeros parecen demasiado baratos para ser habitables (cuestan menos de un tercio de lo que ella paga por su departamento actual). El tercero, en los bosques de Pinos Altos, llama su atención. Hace clic

donde dice «más».

El anuncio cuenta con dos fotos. Una cabaña de madera oscura con un porche bonito, de esos que a veces salen en las postales, con un banco para disfrutar la vista. Y un lago, un lago que está muy cerca. Siempre soñó con pasar unos días cerca de un lago. El precio es muy asequible. ¿Por qué será? Se aclara que la cabaña tiene sus años, pero dice que cuenta con paneles solares para cumplir con los mínimos requerimientos de energía. Ella solo necesita eso. Paz y alejamiento. Con la luz de los paneles,

puede leer durante las últimas horas del día. Ya buscará dónde cargar su *notebook*. Pero la alquilan por mes. Dos mil pesos el mes. No está nada mal, es casi un regalo. Si se tratara de una historia de ultratumba, este lugar tendría que tener fantasmas. Pero no, esto es el mundo real. La cabaña debe estar muy alejada (dice que a tres kilómetros del centro) y no debe estar en las mejores condiciones. «Pero no importa mucho, porque no me tira el lujo. Puedo pasar allí dos meses, sí. A ver, aquí hay otra foto del lago. Qué lindo lugar. Estas coníferas deben ser un poco espeluznantes por la noche.

Habrá all  muchos animales, y también, es de esperar, mucho silencio. No hay Arielitos all . No me molestarán. Ay, qué lindo sería... Si tengo ahorros, sí puedo». Catalina suspira. «Sí, puedo y debo».

Catalina abre su agenda y busca una hoja en blanco. Con su bolígrafo Parker más querido, regalo de su padre en su graduación, escribe todos los datos que figuran en la página, incluida la cantidad de metros cuadrados cubiertos, que es de apenas setenta.

Decidida, se siente despierta de

repente. La modorra se ha marchado. Apura el vaso de leche chocolateada, que cae como lluvia en su garganta. Queda sucio y vacío sobre el escritorio. Se incorpora con la agenda en una mano y el teléfono móvil en la otra.

—Hola. Buenos días. Hablo por el anuncio de la cabaña en Pinos Altos.

—Sí, está disponible todavía. ¿Le interesa?

—Sí, ¿podría alquilarla por dos meses?

—Sí, claro. ¿Es mayor de edad?

—Sí, lo soy. Tengo treinta y cinco.
—Catalina se muerde los labios; la voz no la ayuda, pero ya es mayor de edad hace mucho tiempo—. Querría retirarme un poco, porque necesito trabajar en un lugar apartado. Me cuesta mucho en Córdoba Capital.

Del otro lado de la línea se escucha el sonido de una ambulancia que pasa dejando su grito molesto.

—¡No sabe cuánto la entiendo! Yo también me voy seguro. ¿También vive usted aquí?

—Sí.

—Mañana voy a estar toda la tarde en mi estudio, soy abogada. ¿Puede pasar por allí, así hacemos los arreglos pertinentes?

—Sí, puedo.

—¿Tiene con qué anotar?

—Sí.

Catalina toma los datos del estudio en su agenda, debajo de aquellos que apuntó para la cabaña. La comunicación termina con una despedida amable. Catalina cierra la agenda, triunfante.

«Solo cuatro mil pesos y dos meses

de retiro idílico para poder dedicarme a escribir y comer y dormir y nada más. Ojalá nadie me gane de mano. Si la dueña es abogada, seguro que es más rápida que las liebres; no estará dispuesta a perder ningún inquilino, incluso podría querer negociar y cobrar un poco más. Bueno, no hay que pensar ahora en todas esas cosas malas».

Rumbo a Pinos Altos



Llegó el gran día del viaje. Es el primero que hará sola por motivos de esparcimiento, a sus más de treinta. Se siente extasiada. ¿Cómo será Pinos Altos? ¿Habrá mucha paz en la cabaña? Ya puede disfrutar la vista del

lago, que imagina con todos los alicientes que no podría lograr ni el mejor filtro de Photoshop (la imaginación de un escritor casi no tiene límites).

Se peina con esmero sus pocas mechas, guarda todos los instrumentos de higiene en su mochila Wilson recién comprada (la eligió la tarde anterior, con mucha ilusión; se había llevado incluso un metro para asegurarse de que cupiera su computadora portátil).

Guarda su computadora en la mochila y suma el cargador. Y

después mete la leche con chocolate y los emparedados de jamón y queso, un recurso rápido para matar el hambre. Si en el ómnibus le dan algo (hecho que considera improbable), de seguro será el alfajor más pequeño, soso y barato que puedan conseguir.

Cierra la llave del gas y, por si las dudas, la del agua. Se acuerda de esa gente que se olvidó durante una temporada de Navidad las canillas abiertas y dejó a todo el edificio sin agua en aquellas fiestas. El consorcio acabó multándolos, por supuesto.

El pobre Tomy no morirá, porque su

hermano acaba de volver de Cariló. Todo es perfecto. Su vida parece estar en camino de acomodarse. Los planes están trazados y parece muy probable que los objetivos puedan cumplirse. Se toca un bolsillo trasero del *jean*. No, no está ahí. El pasaje está en el bolsillo lateral de la mochila Wilson.

Catalina toma un taxi hasta la estación de ómnibus de Córdoba con la ilusión palpitándole en los ojos.

La central de ómnibus bulle de gente. Parece un hormiguero de insectos turistas. Todos van y vienen en diferentes direcciones. Las dos

partes de esta estación podrían confundir a cualquiera. Los pasillos son amplios, pero laberínticos. Todos son similares: están llenos de carteles luminosos de diferentes empresas de transportes, cuyos nombres y logotipos parecen repetirse. Para romper el paisaje, solo alguna cafetería o quiosco de revistas, como oasis, como punto de referencia. Pero al fin logra encontrar su plataforma y espera la llegada del ómnibus.

Deja el bolso de mano en el maletero porque prefiere quedarse con la mochila. En la mochila está la

computadora. En la computadora está la novela, que es lo más importante en términos materiales en su vida en este momento.

Se sube al ómnibus y sonrío a los dos o tres turistas que se encuentran esparcidos en la planta alta del transporte. Uno de ellos, un hombre con anteojos negros, le devuelve la sonrisa. Habría preferido que fuera una de las otras dos chicas, pero no importa. Tiene el asiento número treinta y dos, y eso es muy lejos del hombre sonriente.

Se sienta del lado de la ventanilla,

tal como pidió al comprar el boleto. Suspira. Qué bien se siente el aire acondicionado cuando afuera se calienta el ambiente. Apoya la mochila sobre las rodillas y mira el pavimento de la terminal.

Al poco tiempo, se escucha la presión que hace el aire para cerrar la puerta del ómnibus. Es hora de irse, y el transporte emprende su lenta marcha atrás. Luego de eso, el camino es solo hacia delante.

Se relaja, como todos los demás, cuando ya están en ruta. A su lado, solo césped y más césped, hierba y

más hierba, soja y más soja.

Acciona la palanca para inclinar un poco el asiento. Su espalda acompaña el movimiento. Muy bien. Son dos horas, es un viaje corto. Mientras tanto, como el camino se ve un tanto uniforme, prefiere revisar sus notas de escritura en el cuaderno de las calaveras rojas, ese que tenía que traer con ella.



—Pinos Altos —anuncia el hombre

al que ella se refiere como «el chofer número dos», con vos de grito.

Catalina guarda la libreta y se pone de pie. Espera que pasen todos antes que ella. No le gusta tener gente pisándole los talones, mucho menos ese hombre de anteojos negros, que vuelve a sonreírle. Quizá se equivocó. Quizá pensó que ella le sonreía solo a él, cuando en realidad lo hacía con todos los que había en ese momento en esa planta del colectivo. Mejor esperar que baje también.

Luego de unos segundos de espera del autoconsiderado galán, este se da

cuenta de que Catalina aguarda a que él salga primero, así que toma su bolso de mano del estante sobre su cabeza y emprende la retirada. Esta vez, las sonrisas no bastaron.

Ella baja en Pinos Altos y siente un sofoco repentino.

El ómnibus se va, dejando una estela de polvo cuando muerde las piedras y la tierra de la calle para reinsertarse en el camino. Adiós, chofer uno y dos. Adiós, resto de pasajeros que van hacia otros destinos más distantes.

Y ella está aquí, detenida en el

medio de la nada, en una llamada «terminal», con un cartel que dice «Terminal de Pinos Altos» a la que le sobra mucho el nombre. Es solo una pequeña construcción de cuatro paredes, un techo y una puerta, más dos plataformas para la llegada de los ómnibus.

Preguntará a esa mujer que lee una revista de venta de cosméticos. Quizás ella pueda darle la información necesaria.

—Buenos días. Disculpe. Es la primera vez que estoy en Pinos Altos, y me gustaría saber cómo hacer para

llegar a la cabaña del bosque.

La mujer levanta la vista de la revista y la mira de arriba abajo. Catalina se analiza también. Su *jean* holgado y sus sandalias chatas no parecen tener nada de anormal, ni tampoco su remera.

—¿Qué cabaña?

Catalina sonríe con algo de satisfacción interior. Tiene las impresiones de las fotos de la publicación que hiciera la señora Buenavista en el diario de aquel domingo en que decidió fusionar una parte de su historia con Pinos Altos.

—Esta —le contesta Catalina, mientras le señala la foto.

—Ah, sí, está en el bosque. Pero eso está muy alejado —advierte la mujer, algo mayor, y con cierto tono maternal—. ¿Viene sola?

—Sí. La alquilé por dos meses. ¿Me puede indicar en qué dirección debo caminar? —contesta Catalina, con un acento cordobés mucho más marcado que el de su interlocutora.

La mujer levanta el brazo y le señala la calle de tierra que conduce a su destino.

—Es por ahí. ¿Trae gorro? El sol está que mata.

—Sí, traigo —contesta Catalina, luego de pensarlo un poco—. ¿Serán unos tres kilómetros, como decía la publicación?

—¿Hasta la cabaña? Sí, tal vez. ¿Va caminando?

—¿Puedo tomar un taxi? —pregunta Catalina, porque ve improbable que sus piernas sedentarias puedan soportar tanto.

—No hay taxis aquí. Remises. Ahí está la parada —le señala la mujer,

con su piel cenicienta y algo arrugada.

—No veo ninguno.

—Deben estar con viajes. En algún momento van a volver.

—¿En algún momento? —pregunta Catalina, molesta, mientras se quita el sudor de la frente con un pañuelo que por fortuna decidió guardar en la mochila.

—Sí —contesta la otra mientras se acoda en el mostrador—. Pueden tardar.

—Mejor camino. Puede ser que encuentre algo por el pueblo...

—Va a estar difícil...

—Bueno. Gracias por los datos. Adiós —dice Catalina mientras levanta su bolso de mano del suelo.

—Ah, una cosa más —agrega la mujer, cuando Catalina ya le da la espalda.

—¿Sí?

—Tenga cuidado con el Viejo del bosque.

—¿Qué viejo? —pregunta Catalina, y siente que la sangre se le asienta en la cabeza de una sola vez.

—Hay un hombre que vive cerca de

ahí, según me contaron. No se sabe muy bien a qué se dedica. Es medio roñoso. No vive en las calles, pero tiene mala pinta. Lo reconocerá al verlo, seguro. Pocas veces se lo ve peinado.

—¿Es malo?

La mujer cierra los ojos y eleva las cejas. Luego inclina la cabeza y mira al mostrador, en actitud de «se sabe lo que se sabe».

—No podemos estar muy seguros. Llegó aquí hace apenas diez años.

—Apenas...

—Sí, aquí todos somos de viejos tiempos, menos él.

—Uy... me dio miedo.

—No se sabe que haya hecho daño nunca. Los *boy scouts* suelen pasar cerca de él. A veces, hasta lo saludan. ¡Pero tenga cuidado! Es raro el tipo. Tenga cuidado nomás.

—Bueno —dice Catalina, dispuesta a seguir su camino.

—Tome, el número de la motorizada. Mi hijo es policía, trabaja ahí —le dice la mujer mientras escribe en el dorso de un folleto publicitario

de la empresa de transporte un número que parece ser de teléfono móvil—. Si la cosa se pone fea y tiene señal, los llama. —La mujer estira la tarjeta improvisada.

Catalina la toma y la guarda en el bolsillo del pantalón. Emprende el viaje a pie por la calle de tierra.



Avanza esquivando pozos y baldosas flojas. Observa muchas casas bajas de diseño similar. Agradece

cuando pasa bajo un árbol. Casi no hay gente en las calles. Solo vio a un grupo de cuatro adolescentes. La ventana de una casa expone ruido de cubiertos y olor a salsa criolla. Catalina saliva y su estómago ruge.

Los siguientes diez minutos al costado de la carretera se sienten todavía más calientes. Tal vez Dalí pensó en Pinos Altos cuando pintó relojes derretidos. La ridícula gorra deportiva con olor a tela nueva no parece ayudar.

Catalina mira hacia atrás, algo arrepentida, por si pudiera divisar

algún remis. No pasa nada. Tampoco ha visto a otro ser humano además de la mujer que «la recibió» en «la terminal».

Por la ruta, cada tanto, ve ir o venir algún auto particular. También ve pasar un ómnibus de alguna empresa de transporte desconocida.

Camina mirando hacia los pies porque el sol pega en el pavimento y rebota, para destrozarle los ojos. Debió haber pensado antes en que necesitaba unos anteojos de sol, del mismo modo que el señor sonriente, pero eran demasiadas cosas en qué

pensar y nunca le gustó usar anteojos de sol.

Cuando llega a lo que parece ser un pequeño bosque, extrae el mapa de su mochila, también impreso a partir de los datos de la publicación del diario. Según sus cálculos, le falta todavía un kilómetro por entre los árboles, y la cabaña tiene que estar hacia allá, cruzando la ruta.

Agradece que la carretera no tenga curvas en ese lugar. Se siente más seguro. Mira hacia ambos lados y cruza. Se interna en el bosque.

La recibe la sombra. Este bosque

parece zona de tregua con el sol, pero aún no considera pertinente quitarse la gorra. Hay claros por acá y allá donde el sol no encuentra barrera.

Respira, esperando encontrar algún aroma especial, como esos que uno imagina en las publicidades de los perfumes, pero huele a tierra y a sapo.

Sigue caminando por un senderito marcado solo porque la tierra allí es diferente, más fina, tiene otro color, está más hundida. El sendero se mueve hacia un lado y el otro, no es recto, y esto le da un poco de divertimento a un camino que por lo

restante no sería tan agradable.

En un momento, cree distinguir a su izquierda cierto resplandor exagerado. Parece ser más que un claro del bosque. Esquivando escarabajos que pueblan el suelo, pero sin salirse demasiado del camino, se acerca al lugar. Se detiene. ¡Es el lago! No es muy grande, pero el agua siempre aquieta un poco el espíritu.

Debe volver al camino. Debe llegar a la cabaña. Debe encontrar una cama donde caer. Hoy no escribirá. Imposible. Y no se detendrá más, porque cuando se detiene puede sentir

las piernas de verdad (cómo laten, cómo duelen), y volver a moverlas incrementa el dolor.

Continúa durante veinte minutos más, caminando tan rápido como puede, consumida ya por la emoción.

Es tarde. Algunos deben estar en el pueblo, si es que hay restaurantes, almorzando, pero ella no está dispuesta a caminar todos esos kilómetros de regreso para llegar hasta un restaurante que le procure un almuerzo. Ya no tiene emparedados; se los ha comido todos. ¿Habría delivery? Casi imposible.

Tras dos kilómetros y medio de caminata, el miedo al Viejo se desvanece. El torrente de las molestias diversas lo arrastró con él.

Finalmente, parece que el bosque va a terminar, o que hay un claro mayor. El sendero se ensancha. Se ve algo más allá. Siente la ansiedad anticipatoria en las sienes: parece ser la cabaña.

El camino termina por fin y ella se detiene. Levanta el brazo izquierdo y se apoya en un pino. Tiene la respiración algo agitada.

Observa la cabaña. Es pequeña y la

madera luce vieja. La puerta está entreabierta, lo que detona una alerta instintiva.

Ingresa a su campo visual un hombre de estatura media y aspecto descuidado que camina llevando algo en la mano.

Los pulmones de Catalina se inflan.

La manera resuelta en que se mueve el hombre, que todavía no sabe de su presencia, exuda tranquilidad y familiaridad. «Posesión» es la palabra que viene a la mente de la escritora. «Quizás es un okupa».

Está buscando las palabras adecuadas para dirigirse a él, pero no puede dejar de estimar el tiempo que hace que ese hombre no se afeita. Con una barba de esa extensión, tiene que hacer por lo menos dos años.

Antes de que Catalina pueda terminar de ensayar una gran frase de presentación, él descubre la nueva presencia. Quizá cierto brillo colorido de la ropa femenina llamó su atención. La camiseta cargada de lunares amarillos puede haber tenido algo que ver.

El hombre se detiene en el sitio y se

gira hacia ella. La mira con seriedad, pero no luce amenazante, lo que no puede dejar de sorprender a Catalina. Su piel es algo oscura, como si se hubiera excedido en el tostado, y sus ojos grandes, calmos, contrastan con todo el resto de la persona y la miran con enorme extrañeza.

—Disculpe... —comienza Catalina, porque siente durante unos segundos que es ella la que está donde no debería. Se le cuele la convicción de que este espacio es muy privado y no le corresponde invadirlo.

El Viejo deja la leña en el suelo.

—Sí —dice el hombre con tono seco.

—¿Estaba por ingresar en esa cabaña?

—Sí, vivo ahí. —El hombre seca la transpiración de su frente con una mano sucia de tierra.

Catalina mira en todas las direcciones.

—¿Sabe si esta es la única cabaña en el bosque?

—Sí, es la única... ¿Qué necesita?

Catalina se aferra a las tiras de su mochila Wilson.

—Necesito la cabaña. La he alquilado durante buena parte del verano —informa ella, con un volumen de voz menor al que le hubiera gustado conseguir.

—¿Qué?

—La pagué. Tengo el contrato en la mochila —dice Catalina, señalando hacia su objeto transportador con olor a plástico nuevo.

Marcos patea uno de los trozos de madera a sus pies. La rama vuela y cae a un metro de él.

—¡Mierda!

Primeras impresiones



El Viejo pone los brazos en jarra y mira hacia el camino que condujo a la intrusa.

—¿Quién le firmó el contrato? ¿Lo puedo ver?

—La dueña. Sí, claro.

Marcos no puede entender qué hace esa mujer con aspecto de linda patita frente a él. Parece salida de otra dimensión. Los ojos pardos de la extraña lo miran en un análisis exhaustivo.

Catalina se quita la mochila, con el típico sonido de roce de poliéster que recuerda a la escuela, y la coloca en el suelo, entre sus pies. La abre y extrae el escrito, protegido por una carpeta de plástico transparente. Extiende el contenedor al hombre.

El Viejo toma la carpeta y busca el nombre de la firma. Pamela de

Buenvista. No entiende cómo es posible.

—Espere un momento, por favor.

Catalina se muestra algo confusa, pero luego asiente con la cabeza.

El hombre sale de la cabaña con un antiguo teléfono celular en su mano. Es un Nokia 1100. Comienza a ir, venir y trazar círculos con el aparato en alto en un brazo, mientras mira la pantalla verde fluorescente.

Cuando logra obtener al menos tres líneas en el icono indicativo de señal, selecciona uno de los dos únicos

nombres que tiene en el directorio y presiona el botón verde de llamar. Se acerca el teléfono móvil al oído y espera respuesta.

—¿Sí?

—¿Hola?

—Sí, ¿quién habla? —pregunta una voz femenina al otro lado del teléfono.

—Soy Marcos. Quería hablar con Rodrigo.

—Ah, hola, Marcos. ¿Cómo estás?

—No muy bien.

—Lo lamento. Yo tampoco.

Rodrigo falleció hace un mes.

Hay un largo silencio del otro lado.

—No...

—Qué lástima que no te enterases.

Así fue.

—¿Qué le pasó?

—Tuvo un infarto luego de perder un juicio. Ya sabés cómo era con esas cosas. Se debe haber puesto mal.

El Viejo se queda un momento en silencio.

—¿Marcos? ¿Estás ahí?

—No estaba enterado.

—Claro.

—Lo siento mucho.

—Muchas gracias.

—Tengo que hacerte una pregunta urgente, aunque pueda parecer desubicada.

—¿Sí...?

—¿Alquilaste la cabaña del bosque?

—Sí, ¿por qué? ¿La querías alquilar vos?

—No. Yo vivo aquí desde hace diez años.

Se escucha a la viuda suspirar.

—No lo sabía.

—Imagino que no.

Marcos hace silencio y dice a continuación:

—Me la había regalado...

—Tampoco sabía eso. ¿Hay algún papel?

—No. Ninguno.

—Entonces.... No sé... Es parte de la herencia.

—¿No llegaron a divorciarse? — pregunta el Viejo, con un tono más elevado.

—No. Ni siquiera comenzamos los trámites —contesta la voz del otro lado, que comienza a secarse.

—Supongo que te vas a mantener en tu idea de quedarte con la cabaña.

—Así es. La necesito. Es más: ya está alquilada por los siguientes dos meses. Si la querés, puedo alquilártela por algún tiempo...

—Bueno, Pamela. Eso era todo. Chau. —El Viejo corta la comunicación sin permitir que la mujer se despida.

El hombre guarda el celular en su

pantalón ancho de varios bolsillos, algo militar, y se acerca a Catalina. Se corre algunos pelos de la frente para poder empezar lo que él considera «una negociación cara a cara».

—¿Cuál es su nombre?

—Catalina —responde ella, y se mueve inquieta, como si no supiera bien con qué gestos debe acompañar aquella frase.

—Catalina, soy Marcos.

Ella asiente. Quizás está pensando si decir «mucho gusto», porque no le debe dar mucho gusto encontrarse a

un zaparrastroso aquí.

—Hay un problema.

—Algo escuché —añade ella.

Él asiente.

—¿Entiende el enredo?

—Parece ser que su hermano o amigo le había cedido la cabaña, pero no de manera legal, y tuvo la mala suerte de que muriera. Algo me había dicho esta mujer cuando firmamos. Me dijo que era viuda.

El Viejo mueve otra vez la cabeza en señal afirmativa.

—El problema es que la casa está ocupada. Está ocupada por mí. Y no tengo a dónde ir. Y no me quiero ir. Pero usted tiene el derecho legal a permanecer aquí, y yo entiendo eso perfectamente.

Catalina lo mira con los ojos redondos agrandados, sin parpadear.

—Está bien como resumen. Al menos suena sensato.

—Que no la engañe mi apariencia. Ni soy un bruto ni soy un insensato.

—No quise ofender...

Marcos mueve la cabeza en gesto

diplomático.

—Podemos negociar.

—Lo escucho.

—Tengo pocos objetos en la casa. La mayoría son anteriores a mi estadía. No son míos en el sentido más puro de la palabra. Hay dos dormitorios. Uno de ellos no se usa hace mucho tiempo, pero lo puedo limpiar para usted. Podemos convivir en una especie de hotel. Se la ve muy citadina —dice él, concentrado en el logotipo de la mochila Wilson—, y estos son lugares duros. Necesitará caminar o pedalear para conseguir

alimentos y leña, además de ocuparse de tareas como cocinar y limpiar —continúa, señalando la leña que acaba de cargar—, etcétera. Puedo hacer ese trabajo por usted.

Catalina parece dudar mucho más de lo que él desea, mucho más de lo esperado. Siente inseguridad, por primera vez, sobre sus capacidades de negociación.

—No se asuste por mí. Soy respetuoso y fui bien criado. Los tomates absorben mi atención y me parecen más interesantes que las mujeres. —Señala su media hectárea

de plantación de tomates.

Catalina lo mira de arriba abajo, analizándolo.

—Ya sé que no luzco bien, pero imagine que no recibo a nadie aquí. Llevo una vida sencilla, muy sencilla, y no me meto con nadie. Solo quiero seguir cuidando de mis plantas y continuar con esta vida sencilla. Todo eso que ve allá —el Viejo señala las extensiones de plantíos— es trabajo mío, solo mío, de varios meses.

Catalina se lleva las manos a la frente y sacude la cabeza.

—Ya sé que es muy desagradable para usted. También lo es para mí.

Catalina le sonríe por primera vez.

—Es el linyera más empático que he conocido en el último tiempo.

—No soy un linyera. Ni vagabundeo ni nada parecido.

—Disculpe.

 l asiente.

—Quisiera aclarar algunas cosas — comienza Catalina.

 l la mira con afabilidad; ve cómo la muralla se desmenuza.

—La escucho.

—Sin música, sin bebida, sin amigachos y sin mujeres —explica ella.

—Suena como la vida de un monje. Muy parecida a la que llevo.

—Yo escribiré. Usted se ocupará de las tareas domésticas, inclusive de la comida.

Marcos observa sus plantaciones y comienza a emerger de sus labios una sonrisa pícaro. Luego la atraviesa con los ojos. Alza una ceja.

—Está bien, aunque no sé si le va a

gustar mucho mi estilo *gourmet*.

—Me acomodaré —concede ella.

—Vamos a verlo.

—¿Hay trato? —pregunta Catalina, extendiendo la mano blanca y pequeña hacia él.

—Hay trato —contesta Marcos, apretándole los dedos con firmeza, sin excederse, con la presión en su punto justo. Cuando la suelta, Catalina se queda con el recuerdo tibio y polvoriento del clásico acto sellador de contratos.

—Perdón —le dice él, al darse

cuenta de que su mano no estaba del todo limpia.



Catalina lo observa con atención mientras él empuja la puerta de la cabaña y extiende el brazo para invitarla a pasar.

—No, ingrese usted, por favor — dice ella, tomando distancia con algo de temor, y agarrándose nuevamente a las tiras de su mochila, como si le pudieran dar seguridad.

—Debe ser tremendo ser mujer — comenta él mientras entra—. Siempre pensando que cualquiera la va a querer violar.

—Así es. Para qué mentir.

Catalina ingresa y deja su mochila sobre la mesa del vestíbulo-cocina-comedor.

El Viejo se sirve agua en un vaso. La bebe con tanta rapidez que algunas gotas se deslizan por sus labios gruesos hacia su mentón barbudo.

Se apoya contra la mesada de la cocina y cruza las piernas, mientras

ella se sienta a la mesa.

—¿Quiere agua? —pregunta el hombre.

—Sí, gracias.

Él saca de una mesada un vaso de vidrio verde que parece ser de otro tiempo y le sirve agua de la misma jarra.

—Tome.

Ella se levanta y va hasta el vaso.

—Gracias.

—Por nada. ¿La acosan mucho?

—Algo. —Catalina se encoge de

hombros—. Como a todas. Supongo que la pinta de *nerd* no me salva.

—No, nada la va a salvar de los piropeadores y perseguidores. Pobres hombres inseguros de su masculinidad. Son patéticos y lamentables.

—Me gustan sus ideas feministas — dice ella, dedicándole otra de sus sonrisas bonitas en que su boca pequeña toma forma de triángulo invertido.

Marcos bebe con ansias otro vaso de agua, como si no pudiera saciarse.

—Con el tiempo se dará cuenta de que no soy lo que parezco, y dejará de temerme. Pero entiendo que eso llevará su tiempo, porque la confianza no se regala, se conquista.

—Tiene razón —contesta Catalina, mientras se quita la gorra con visera rosada, bastante transpirada, y la coloca sobre la única mesa del recinto.

Entonces se relaja sobre la silla y se permite sentir su verdadero cansancio. No solo el viaje fue largo, sino que sus pies no están acostumbrados a esas largas distancias. Ha dejado el gimnasio hace más de un año y los

músculos están flácidos. No se siente atlética y puede entender por qué.

Mira a los ojos al Viejo mientras este la observa en silencio, bajo el espesor de sus cejas castañas. Siente que puede bajar un poco las barreras defensivas; se dedica a estudiar la habitación.

Dos ventanas de doble hoja, de tamaño mediano, con persianas americanas del año de Matusalén. Una mesada gris de falso mármol con una pileta. Arriba, una esponja amarilla y un líquido extraño, quizá detergente barato, en una botella ancha que en

algún tiempo contuvo puré de tomates; debajo, una alacena. La alacena fue blanca en otro tiempo, pero ya no lo es más. Para terminar, una abertura sin puerta que conduce a lo que parece ser un pasillo.

Catalina se acerca hasta el agujero y asoma la cabeza hacia el otro lado, con las manos apoyadas en las paredes del comedor.

—Es un pasillo... —comienza ella.

—Sí, da al baño y a las habitaciones. Y no hay más.

Catalina sigue hasta el fondo del

corredor, desapareciendo de la vista de Marcos.

Él se va tras ella. Encuentra a la recién llegada observando la repisa al fin del pasillo.

—Esta debe ser la familia Buenavista. Mire qué sonrientes los tres —dice, señalando a una fotografía en la que aparece una pareja joven con lo que parece ser su pequeño hijo, sentados sobre el césped de un parque.

—Le pido por favor que no toque nada de eso —le dice una voz a su espalda, y ella se gira de repente, porque no le gusta tenerlo detrás en un

ambiente tan estrecho.

—No lo haré.

Pasa al costado del Viejo procurando no rozarlo y retrocede más.

El Viejo se apoya en la pared y suspira, mientras observa de reojo los retratos de diferentes tamaños y marcos, apoyados uno junto a otro en la misma repisa.

Catalina mira al Viejo y al hombre de las fotos, pero le es imposible asociarlos como la misma persona. Sin embargo, alberga algunas dudas.

—¿El estante de abajo tiene libros?

—pregunta la mujer.

—Sí.

—¿Son suyos?

Él comienza a caminar hacia el otro extremo del pasillo.

—¿Qué le hace pensar que leo? — dice al pasar a su lado.

Catalina se asombra de no sentir mal olor en el hombre, dado el aspecto que tiene, que parece oler por sí mismo, como esas fotos de tortas en las revistas de pastelería que se venden en los quioscos, pero en un sentido

menos positivo.

—No ha lanzado ningún barbarismo.

El Viejo abre una puerta y entra en una habitación. Sale de allí con una silla de madera, compuesta por tablones toscos, y un trapo algo sucio.

—Barbarismo. Ja. Qué *nerd* —se burla él, antes de seguir camino hacia el comedor. Catalina lo sigue.

Observa, parada en la abertura, cómo limpia la silla, muy similar a la que vio al llegar, pero no idéntica.

—No use sus mejores galas aquí.

Las superficies no están bien pulidas y la ropa se le va a hacer ovillos.

—Entiendo. De todas formas, no traje mis mejores galas si es que tengo en el ropero algo así.

Catalina inclina la cabeza sobre el marco y se cruza de brazos. Vuelve a sonreír.

—Todo esto es rarísimo. La situación, el emplazamiento, todo. Y usted es más raro que perro verde.

El hombre termina de limpiar la silla, algo que ella no pensó que se pudiera lograr con un trapo en dudoso

estado.

—Esta podrá ser su silla, o la otra, como prefiera.

El Viejo indica la ubicación de la jarra de agua con el dedo índice.

—Ahí tiene más agua si desea. Me imagino que el camino fue costoso para una mujer de ciudad.

—Gracias. Imagina bien.

—Comida fresca no hay, porque no hay electricidad y se cocina lo justo para no desperdiciar alimentos. Odio desperdiciar alimentos. Me cuestan sudor. Por lo tanto, si es de las que

piden una pizza en su restaurante de comida rápida preferido y se come la mitad y después tira la otra, me hará enojar. Hay algunas conservas en la alacena. Si tiene hambre, puede comer eso. Me voy a limpiar su futuro dormitorio.

Catalina se pone algo roja.

—¿Qué le pasa? —pregunta el Viejo al leer la sorpresa en el rostro de la patita-mujer.

Catalina piensa en su vieja portátil y en dónde diablos la conectará. ¿Cómo tendrán agua fresca? ¿Cómo conservarán los alimentos? Ahora los

problemas se ven más grandes que en la metrópolis, quizá porque se observan de cerca. Ahora comienza a comprender lo que es la vida sin energía eléctrica.

—Me dijo la dueña que había paneles solares.

—Eso fue en el pasado, pero se rompieron y no los pude hacer arreglar. La «dueña» no tiene idea de nada. Ni siquiera debería ser la dueña.

—El Viejo hace una pausa y continúa—: Solo tenemos un pequeño generador en el cuarto de las herramientas. Se usa para alimentar la

bomba que llena el tanque de agua.

—¿No hay electricidad en el resto de la casa? —pregunta Catalina, como si no pudiera ser cierto.

—No, no la hay. Ni la habrá. A menos que usted quiera invertir veinte mil pesos en sus dos meses de estadía, sumado a lo que ya pagó.

—Ni aunque quisiera, no los tengo... —le dice ella, como un contraataque inseguro.

—Lo lamento. Yo no fui quien le mintió. No se la agarre conmigo. — Sus palabras se escuchan apagadas

por la distancia. Está en el cuarto que será su nuevo dormitorio.



En el dormitorio que ha sido cuarto de cacharos desde antes de su llegada, el Viejo se pregunta cómo podría transformar esa cueva en un lugar habitable.

Mira a su alrededor: toallas viejas bien dobladas, apiladas y cubiertas de tierra, que ya no servirían para secar nada; cestos de mimbre que no usa

desde hace mucho tiempo; cajones de manzana que consiguió en el pueblo para los tomates que están próximos a ser cosechados; una mesita de noche cubierta por papeles olvidados; y allá, lejos, tras varias sillas que le impiden el paso, la cama que tendrá que ocupar la recién llegada.

Decide que la única opción será deshacerse de unas cuantas cosas que ya no usa.

Vuelve a humedecer un trapo en la cocina, no sin antes mirar de soslayo a la nueva ocupante. La señorita tiene la cabeza reposando sobre los brazos y

parece bufar o dormir sobre la mesa. Marcos les quita el polvo y traslada casi todas las sillas del dormitorio olvidado al comedor. Deja una donde estaba, por si le fuera útil a la patita.

Quita todos los cajones de manzanas y los apila en el fondo. De todos modos, no se esperan lluvias para los próximos días. Quizá la cosecha llegue antes que la lluvia. Las cestas de mimbre van a parar a su habitación, donde ella no puede verlas, ni quejarse tampoco.

Al observar el ambiente más limpio, la línea visual más clara, se satisface.

No abrirá la ventana, porque el aire a esta hora del día, pasadas ya las doce, es muy caliente. Es mejor conservar el lugar lo más fresco que se pueda.

Se va hasta una pequeña puerta en uno de los extremos del pasillo y saca de allí una escoba, con la que hace en los veinte minutos siguientes el trabajo suficiente para que el cuarto luzca decente.

Saca el cubrecamas de un pequeño armario ropero y lo cuelga de una soga en el fondo, donde lo golpea para quitarle la tierra. Lo cubre el polvo y gana algo de calor en un día

sofocante. Le vuelven a nacer gotas de sudor en las sienes.

Se lleva el cubrecamas con él y camina hasta su dormitorio, de donde saca unas sábanas propias que se dice que le vendrán bien a la nueva hasta que pueda lavar las otras, las de la familia Buenavista, como ella les llama. «Ja, ja, la familia».

Coloca las sábanas limpias y las dobla como si fuera el más excelso experto de un hotel de lujo. Hay que dar una buena primera impresión. Luego ubica el cubrecamas y se aleja un poco.

Se siente satisfecho por lo logrado: el dormitorio parece ahora lo que es.

Alza la parte baja de su camiseta y seca la transpiración de su frente. Camina hasta la cocina.

—¡Catalina! —exclama el Viejo, luego de haber intentado llamar su atención parándose muy cerca de ella.

La mujer alza la cabeza de repente, sobresaltada, haciendo un ruido primitivo que parece indicar duda.

—¿La desperté?

—Puede ser —responde ella, mientras se tapa la boca para no

ofrecer al Viejo la apariencia de maleducada que bosteza con la boca abierta—. No importa.

—Su habitación ya está lista. Puede ir a descansar.

Catalina da un resoplido, se para con pocas ganas y se va hacia lo que le indicaron como su habitación.

—Gracias —añade Catalina, y desaparece por el agujero que da al pasillo.

—No hay de qué. La llamaré para el almuerzo.



El almuerzo está listo a las tres, aunque él acostumbra comenzar a cocinar al mediodía y almorzar cerca de las una. Esta vez, por ella, hizo una excepción.

Se ata mejor el cabello y su rostro queda despejado. No le gusta comer con todos los pelos sobre la cara. Otra cosa que odia, a pesar de llevar diez años ya con esa vida, son las moscas, pero la casa está bien cerrada, no entra el aire caliente al interior y, para su

fortuna, en este día no lograron colarse esos demonios con alas.

Sirve la ensalada de tomate, guisantes, zanahoria y arroz. Esta preparación cuenta con más ingredientes que las anteriores. Va hasta la habitación de Catalina y golpea la puerta con un solo «toc»:

—Ya está listo el almuerzo.

Marcos considera a Catalina informada y deja el pasillo.

Él ya está a mitad de su plato cuando ella se deja ver en el comedor. Lleva el cabello muy despeinado.

Catalina camina en silencio hasta la mesa y mira el plato que se halla frente a ella, y luego a él. Los ojos no se acostumbran todavía al sol que se cuele por la persiana americana ubicada junto a la mesa, rayando el mantel con finos haces de luz.

Marcos atiende sin querer a las lunas y estrellas esparcidas por la tela de un pijama tan ancho y extraño que sería capaz de congelar a los danzantes de un bacanal.

—¿Solo vamos a comer ensalada?

—Así es.

Catalina agarra la cuchara con desgana y lleva algo de alimento a su boca.

—Está bien —dice ella.

—En el trato no se estableció que yo debía preparar algún tipo de comida especial.

Catalina tuerce la boca.

—No.

Marcos sonrío.

—¿Está desilusionada?

Ella se encoge de hombros y hace un sonido gutural.

Él sonríe con ganas mientras termina su ensalada.

—Para ser una escritora, es algo parca de palabras.

—Estoy cansada y, como acaba de decirlo, desilusionada. Lo cierto es que esperaba otra cosa. Es muy raro todo aquí.

—Claro, especialmente yo, pero es sutil al decirlo.

—No me refería a eso —dice ella, antes de sumar otra prenda al baúl de su boca.

—¿Qué come usted?

—Está muy bien que pregunte qué como y no con qué me alimento, porque tiene otro matiz.

Marcos frunce el ceño, pero luego asiente.

—Como salchichas, fideos con salsas que vienen en sachets, hamburguesas, bifes, quizás alguna vez unos ravioles, casi nunca ensalada... —Sigue mirando su plato sin demasiado interés, algo abstraída —. Me gusta la comida exótica... oriental sobre todo... —Pero la inclinación de la voz no señala a su plato como comida exótica.

—Toda una nueva experiencia, entonces.

—Podemos llamarle así...

—Si sigue con esa dieta, se va a morir.

—Sí, todos vamos a morir.

—Sí, pero usted antes. Yo la voy a sobrevivir, y eso que me dicen el Viejo.

Catalina deja la cuchara sobre el plato y lo mira. Sus ojos se abren en toda su magnitud por primera vez desde que apareció en el comedor.

—¿Usted es el Viejo?

—Sí, así me dicen —contesta él mientras se lleva una servilleta de cuadros verdes y rojos a la boca.

—Me dijeron que me cuidara de usted —informa ella, inquieta, y espera que el otro se defienda, que vuelva a convencerla de que es un hombre honrado.

El Viejo sonrío.

—¿En el pueblo?

—Sí.

—Sí, me tienen por un raro, y ya vio cómo es... se teme lo que se ignora.

—Entonces... —Catalina lo invita a

continuar.

—Me tienen miedo. No le voy a hacer nada, ya se lo dije.

—¿No hay que tenerle miedo? —pregunta ella, mirándolo a los ojos, porque sabe que tiene facilidad para detectar el lenguaje no verbal, y casi siempre puede discernir si una persona está mintiendo.

—No, no tiene por qué —dice él, mirándola también a los ojos.

Ella asiente y sigue comiendo con desgana.

—¿Tiene más sal?

El Viejo le alza una ceja y le tuerce la boca.

—Antes de ser el Viejo aquí, ¿era nutricionista?

—No —contesta él, y se va rumbo a la mesada.

Extrae del mueble un gran frasco, que en otra vida quizás haya contenido café. Las etiquetas originales son un borrón.

Marcos regresa a la mesa. Deja el frasco frente a los ojos de Catalina.

—Ahí tiene.

Ella desenrosca la tapa del frasco y

saca una buena pizca de sal, que va a llover sobre su comida como nieve.

—¿Qué hacía antes? ¿O siempre vivió aquí como el Viejo?

—Inmiscuirse en el pasado del otro no estaba dentro del trato —contesta él, con tanta calma que no se escucha agresivo.

—No, no estaba —concede ella.

El agua y los mosquitos



El hambre es tal que come ese plato completo de lo que ella considera despectivamente «una ensalada». Cuando termina de almorzar, deja los dos cubiertos con mango de plástico naranja cruzados sobre el utensilio y

se cruza ella, asimismo, de brazos.

Observa en silencio cómo el Viejo recoge los platos y los vasos, y los lleva hasta la pileta, para proceder a lavarlos después con el agua que emerge del grifo. El hombre, cuidadoso, no olvidó colocarse antes su delantal con dibujos coloridos de frutillas y peras.

A esa contemplación de las manos quemadas y callosas, quizá bonitas en otro tiempo, se dedica durante los quince siguientes minutos. Uno de los dedos luce extraño, como si tuviera un sector de piel nacido en otra época.

Pronto abandona el tema. Ahora se pregunta si la negativa del hombre a hablar de su vida pasada se debe a que no ha logrado simpatizar con él, trazar un lazo empático, o si el hombre quiere olvidar todo lo que dejó atrás. Quizás haya sido un delincuente con un largo prontuario... Es posible... Tiene aspecto de... También puede haber sido un asesino con su condena cumplida (¡o sin cumplir!) y estar huyendo del mundo para encontrar allí algo de refugio y poder transformarse para mejor. Sin embargo, todas estas ideas no acaban de cuajarle en la cabeza.

El Viejo termina de lavar y se quita el delantal. Su aspecto pierde la simpatía que ganó con la prenda. Se va entonces caminando hasta su cuarto, en silencio.

Ella no sabe qué hacer, pero decide esperar. A los pocos minutos, el hombre reaparece con una toalla verde colgada del hombro.

Pasa junto a ella, pero ni siquiera la mira. Es evidente que se cambió de ropa, porque ahora lleva unas chancletas y un *short* que no le vio antes. Además, pueden vérselo con claridad las pantorrillas. Catalina se

pierde por un momento en las demarcadas líneas masculinas de las piernas del Viejo.

«La persiana americana permite mirar a través si una mete los dedos y separa los paneles», piensa ella. Entonces se pone de pie y lo ve alejarse en la distancia.

El Viejo lleva el paso calmo. Su modo de mover las piernas al caminar, que no es femenino, sí es delicado y elegante. Aquello le resulta confuso. Tiene que aceptar que el tipo, como personaje, le gusta. Pero eso no significa que le guste como persona.

No siempre nos van a gustar en el mundo real, encarnados, aquellos personajes que nos encantan en los libros. No, de ninguna manera. No hay más que pensar en Heathcliff de *Cumbres borrascosas*.

El hombre al fin desaparece de su vista tras un pequeño bosque de pinos. Catalina suspira. ¿Será que el Viejo se refresca por las tardes en alguna piscina? ¿O en el lago quizá? No cree que con la mugre que trae lo dejen entrar en ninguna piscina.

Catalina sale a buscarlo con apuro. Recorre el mismo camino que él

siguió antes, y se dice que tiene que encontrarlo con ese plan.

Llega al bosque de pinos y la envuelve una brisa caliente que le parece sofocante. Cierta resplandor le hiere los ojos. Siguiendo el hilo de la molestia, acaba asomando la cabeza entre los árboles.

Al frente, a unos treinta metros, se divisa medio cuerpo del Viejo: cabello, espalda, glúteos. Las ondas de agua verde lo envuelven como si se tratara de un hado protector de los bosques.

Catalina esconde mejor el cuerpo,

pero sigue mirando. Si pudiera quitarle los ojos de encima, quizá vería la toalla verde colgada de una rama cerca de ella, pero no es tal el caso.

Con los ojos muy abiertos y la boca en una expresión de asombro, parpadea cada tanto y respira de manera artificial, entrecortada, intentando ser silenciosa. Porque él no quiere ser visto, es evidente, por eso buscó un lugar alejado de la cabaña, cuando podría haber salido de la casa, caminado veinte pasos y caído en el lago sin problema.

El Viejo no es tan oscuro como creyó. En aquellos lugares que estuvieron protegidos del sol, es decir, la espalda, las nalgas y la parte alta de los muslos, el cuerpo tiene otro color. La mitad de los brazos presenta un tono teñido por la hostilidad de los rayos ultravioletas, pero los hombros no. Así, parado, moviendo los brazos, echándose agua sobre los hombros y las axilas, pasándose las manos sobre el pecho, parece una bandera con el dibujo de una hoja de arce que ondeara al viento.

De repente, las manos del hombre

desaparecen bajo el agua. Catalina no puede determinar qué están haciendo, aunque lo imagina, o lo sobreimagina. Es probable que solo esté limpiando sus partes íntimas; no hay por qué pensar nada más.

Al momento sale del agua, tan desnudo como entró. Ella pierde el aliento al observar la longitud de su cabello, que ahora parece acrecentada, chorreando agua hacia la parte inferior del cuerpo, donde el líquido se desliza por y entre sus piernas delgadas de líneas firmes.

Se dice a sí misma que ya ha sido

demasiada temeridad, que las cosas no están bien con el Viejo (bien conservado Viejo) y que es hora de volver a la cabaña u ocultarse en algún sitio. Pero no puede resistir la tentación y mira hasta que el hombre se gira, y entonces lo puede apreciar de frente.

El vello del pecho es especialmente oscuro, más que su cabello, y contrasta con los pectorales blancos. Los músculos no están marcados como en las fotos retocadas de las revistas y las «necesarias» apariciones sin ropa en las películas de

Hollywood, pero tiene el Viejo flaco una gracia particular que grita desde cada poro: este soy yo. El resto de lo que ve no le asombra, porque es lo que cualquiera puede esperar en un macho de la especie humana.

Catalina se tapa la boca y sonríe, pero la sonrisa le dura poco, porque descubre que el Viejo camina hacia ella, con ese paso lento que le es propio, sí, pero pronto acabará por alcanzarla.

Entonces se mueve entre los árboles, intentando no hacer ruido, comprobando que es imposible, y se

esconde lo mejor que puede. Ya es tarde para volver a la cabaña y fingir que siempre ha estado ahí.

El Viejo llega hasta un lugar a unos cinco metros del avistamiento y toma de allí su toalla. Se seca con rapidez todo el cuerpo, en un recorrido de arriba abajo. Luego se escurre con las manos la humedad del cabello, oscurecido por el agua. Acaba de secarlo con la toalla. Después la transforma en una falda, atándola alrededor de la cintura.

Catalina no puede apreciar ya nada de esto. Oculta su cuerpo lo mejor

posible tras el árbol de tronco más grueso que puede encontrar.

El Viejo abandona aquel lugar del bosque y regresa a la cabaña.

Catalina se sienta unos treinta minutos sobre la raíz sobresaliente de uno de los pinos y mira hacia la superficie refulgente de la masa de agua. Tendrá que esperar media hora, al menos, antes de regresar, de modo que su atrevimiento no sea tan obvio.

Y eso hace: deja pasar el tiempo, mientras reinventa las imágenes que sus pupilas acaban de captar.

Pasada esa cantidad de minutos, o lo que a ella le parece esa cantidad de minutos (porque hace tiempo que no usa reloj pulsera y no ha traído el celular con ella), regresa también a la cabaña.

Cuando ingresa a la casa, la invade una frescura y sombra interior que encuentra reconfortante.

Lo halla con un libro entre las manos, sentado a la mesa. Tiene ahora el cabello suelto, y le cae en ondas sobre los hombros, al costado de las sienes, junto a las orejas.

El Viejo levanta la mirada del libro.

Sus ojos, que parecen negros en la sombra apacible y cansada de la siesta, se clavan en Catalina.

—¿Ha salido de paseo?

Ella mira su lenguaje corporal y se siente hincada. Las piernas del Viejo están demasiado separadas una de la otra. Se ve algo amenazante.

—Sí —responde ella.

—Hace mucho calor para pasear. Aquí está más fresco.

Catalina suspira y se apoya en la puerta de algarrobo de la entrada de la cabaña.

—Eso descubrí.

—Tardó mucho en enterarse.

—No lo entiendo... —le dice Catalina, mientras se seca con la mano el sudor que le nació en la frente y el bozo durante su aventura en el exterior.

El hombre apoya el codo sobre la mesa, y luego, con lentitud, una mejilla sobre los nudillos. Su gesto cambia de modo sutil, pero ella no puede asegurar si eso que asoma a los arcos de sus labios es una sonrisa o no.

—¿Me estuvo mirando mientras me bañaba?

Ella traga saliva y esconde los labios.

—No, claro que no.

—Ah, no, *OK*. Seguramente se tapó los ojos.

—No está tan bueno como usted cree.

Él se ríe y hace un ruido de palmoteo con el paladar. Luego contesta:

—Es verdad. Tuve tiempos mejores.

El Viejo junta un poco las piernas, lo que tranquiliza a Catalina. Toma otra vez el libro entre sus manos, un ejemplar de tapa dura que parece forrado con tela. Catalina se acerca un poco más, sin disimulo, y descubre que el título es *La voz a ti debida*.

—Es usted un tanto desvergonzada —asegura él.

—Los artistas lo somos. Tenemos que serlo.

—Recuerde que usted también deberá bañarse alguna vez —le dice Marcos, sin levantar la mirada del libro.

Ella se cruza de brazos y le analiza el semblante; luce decidido. Después camina hasta su habitación y se encierra en ella.



Que lo mirase o no lo mirase no le importa demasiado.

La noche cayó y Marcos pretende no pasar mucho tiempo pensando en la nueva residente.

La patita tiene ganas de entrometerse en todo, por lo visto, y ni

hablar de que ya está dando muestras de ser bastante pretenciosa.

Él enciende el fuego en la cocina para preparar la cena, que en este caso será un guiso muy básico de lentejas. Ella aparece detrás de él, dándose golpes en los brazos.

—No soporto los mosquitos.

Él sigue con su tarea. ¿Qué esperaba?

—No puedo hacer nada. Mantenga la puerta de la cabaña cerrada el mayor tiempo posible. Todas las ventanas tienen tela mosquitera.

—No son suficientes.

—Ja. No sabe lo que sería sin ellas.

—¿Podría comprarme espirales?

El hombre la mira y le sonríe. Ella se acerca un poco m as.

—Mañana voy al pueblo. Puedo compr rselos. Se tendrá que mover con ellos a donde vaya.

—S , pero no veo otra opción. Las moscas y los mosquitos me vuelven loca.

—A mí también me desesperan las moscas; a los mosquitos ya los tengo asumidos.

Ella se mantiene detrás de él, de pie.

El fuego abraza la madera como un amante ansioso. Marcos es envuelto por el primer humo que, lamentablemente, volverá a dejarlo con un olor extraño a viejo que vive en la casa del bosque.

—Se está llenando de humo —informa ella.

—Ya lo sé.

—¿Qué vamos a comer? —pregunta Catalina, en actitud de querer charlar.

—Lo que hay.

—¿Qué hay?

—Lentejas.

—¿De qué vive aquí?

—Agricultura y trueque.

—¿No tiene un empleo?

—La palabra empleo es horrible, ¿no le parece?

—Sí. La verdad es que nadie pensaría que yo tengo un empleo. ¿Cuánto tardará la cena?

—Una hora. Aquí todo tarda su tiempo. La vida corre a otra velocidad. No es como en su Córdoba Capital.

—Sí, es cierto. ¿Me perdonará?

—¿Cómo?

—Por lo de haberlo mirado. No quería... solo me intrigaba qué podría estar haciendo. A mí también me hacía calor... quizás hubiera una piscina.

—Oh, sí, una piscina, y mozos peinados con gel y vestidos de negro, con moñito, para hacerla completa.

—Bueno...

El Viejo suspira; se muestra más cansado de lo que está. También tiene ganas de divertirse.

—¿Teme la venganza? —pregunta

él.

Catalina carraspea.

—Sí.

—Pues debe temerla.

—Pero si le estoy pidiendo perdón...

—¿Y usted cree que eso será suficiente? Es como esa gente que reza el padrenuestro y cree que con eso todos sus pecados serán olvidados.

—¿No me perdonará?

—Quizá después de la venganza —
contesta él, mientras atiza el fuego.

—Ay, no. Hemos comenzado con el pie izquierdo.

—Mírele el lado bueno. Siempre me vengo en función de lo que me hicieron. Como el daño no fue grave, la venganza tampoco lo será.

El Viejo mira las llamas y estas se mezclan con algunos recuerdos, imágenes de un edificio que ardía a fuego lento... Las llamas lamiendo las puertas, las ventanas, el techo, las cortinas en el interior...

—No me tranquiliza para nada. ¿Cómo se vengará?

—Le haré pagar con la misma moneda.

—Pero usted no sabía que lo miraba mientras lo miraba.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que su molestia psicológica fue inferior a la que usted me quiere causar a mí.

—Bueno, la venganza siempre lleva un plus de pimienta, porque el otro ha dado el primer golpe; por eso es venganza. Pero, de todas formas, procuraré que no sepa usted que yo la estoy mirando.

Catalina se envuelve en sus brazos.

—¿Tiene jabón?

—No. Hay detergente.

—No me bañaré con detergente de lavar los platos. Se me va a caer la piel en tiras.

—Tiene razón, por eso yo me baño solo con agua.

—No huele tan mal, para ser la higiene básica que tiene.

—Uso desodorante.

El Viejo le señala un plato con ensalada de aguacate que reposa sobre

la mesada, por si quiere probar.

—No, gracias. Volviendo al tema...

—Catalina busca los ojos de Marcos

—. ¿Se va a vengar?, ¿en serio?

—Sí —le dice él, de modo resuelto.

—Pero...

—Por cada golpe, yo doy un golpe.

—Pero Gandhi dijo que «ojo por ojo, y el mundo acabará ciego».

—Sí, y está muerto.

Catalina comprende al fin la determinación del hombre.

—¿Nunca perdona?

—Siempre perdono, cuando se salda la deuda —contesta él.

—¿Y qué tipo de perdón es ese?

—Ese es mi perdón —dice él, mientras cierra la puerta de la vieja cocina a leña.

Ambos se alejan para escapar del calor.

—Es usted un perro lanudo y testarudo.

—Sí, así es.



Catalina vuelve a su habitación a pensar cómo se sacará de encima los mosquitos y la transpiración que trae de todo el viaje. Le parece una locura, después de todas las declaraciones que hizo el Viejo, pedirle que le caliente agua para bañarse. Es casi como entregarse. El agua del lago a la madrugada estará muy fría, aun para las altas temperaturas que están haciendo por aquí. No se resigna a la idea.

Y la computadora se ha quedado sin batería, para peor. Al teléfono móvil le falta poco para terminar en la

misma condición. Tendrá que pedir al Viejo que se la cargue en alguna parte, o encargarse ella misma de hacerlo.

A la hora, escucha un golpe seco en la puerta, seguido de una voz calma que le anuncia:

—La cena.

Catalina se sienta frente a él. Como en la ocasión anterior, el Viejo ya está comiendo.

Ahora las ventanas están abiertas y el aire silba al colarse por la rendija de la puerta. El mismo viento trae hasta ella el olor de la cebolla, destacando

entre los otros pocos ingredientes del guiso.

Catalina comienza a jugar con la cuchara.

—¿Qué hace? —pregunta el Viejo.

—Espero que se enfríe un poco.

—OK.

—Su guiso, ¿qué tiene?

—Eso no importa mucho; no hay otro guiso. Esto no es como el mercado del matrimonio.

Catalina se da cuenta de pronto del anillo que el hombre lleva en la mano

izquierda.

—¿Su anillo es una alianza?

—Ya le dije que no tengo intención de hablar de mi pasado —le contesta él mientras se lleva un vaso de agua a la boca.

—Es muy reticente.

—Sí, así es. ¡Qué linda palabra! —
Le sonrío con algo de sorna.

—A usted deben gustarle las palabras lindas, porque lee poesía.

—Ajá.

—¿Le gusta mucho la poesía?

—No quiero hablar de la poesía.

—¿De qué se puede hablar con usted?

—De cualquier intelectualidad que se le ocurra a una *nerd* como usted. Pero no de poesía.

—La poesía es algo muy intelectual.

—Lo es, pero también es algo muy sentimental. No voy a hablar de nada que pueda implicar lo emocional con usted. Queda claro desde esta misma, primera cena, así ya no hay más intercambios innecesarios de palabras, que imagino que serán molestos para

usted. No es agradable encontrarse con alguien que le dice a cada paso que no quiere hablar de eso.

—Entiendo. No quiere una amistad —dice ella, mientras lleva la primera cucharada de guisado a la boca. No está tan mal como ella supuso. Aun así, sigue muy lejos de sus expectativas.

—No, no la quiero. No quiero ninguna relación que implique algo de emoción. Quiero seguir siendo un anacoreta.

—Está bien. Haré lo posible por no sacarlo de su mundo.

Marcos asiente con la cabeza.

—¿Qué escribe usted?

—Novelas de terror y misterio.

Marcos vuelve a asentir con la cabeza.

—¿Por qué le gusta eso?

—No lo sé del todo... Me permite explorar mis rincones oscuros, supongo yo. Y a veces esos rincones se parecen a los rincones de los demás.

—Claro que sí. ¿Y por qué está aquí? De vacaciones, no parece, porque estaba muy preocupada por

poder escribir.

—No estoy de vacaciones. Estoy en una especie de retiro. Necesito encontrar algo de inspiración. Parece que se me ha secado el cerebro. — Catalina se lleva las manos a las sienes, cierra los ojos y se masajea un rato la cabeza.

—¿Y piensa encontrar todo eso aquí?

—Eso pensaba. Imaginaba que la cabaña en este bosque sería algo más tétrico, pero no, no lo es para nada. Incluso usted, que en un principio podría haberse considerado como un

personaje que daba miedo, dio solo miedo los primeros diez minutos, después ya no. Ni sus venganzas, por molestas que sean, me dan miedo.

—Deberían darle...

—Bueno, suponga que sus venganzas me dan miedo... Más me van a causar irritación que otra cosa.

—Todo depende del daño —dice el Viejo, mientras pasa un trozo de pan por el fondo vacío de su plato, con el que levanta los últimos restos marrones de guiso.

—No le voy a hacer mucho daño —

asegura ella.

El Viejo asiente con la cabeza.

—Eso parece. Espero que así sea. Después de todo, tenemos mucho tiempo para convivir. Y no va a ser nada fácil para ninguno si intentamos hacérsela difícil al otro.

—Así es.

—Entonces, ¿está desilusionada del lugar?

—Sí. Mucho.

—Y de mí, que no asusto lo suficiente.

—Bueno, eso no sé. Lo de usted lo dije como una broma.

—Todas las bromas que me haga no impedirán la venganza —confirma el Viejo, mientras deja los cubiertos sobre el plato casi limpio por el pan.

—Ya lo sé. Ya lo entendí.

El Viejo se cruza de brazos y le analiza el rostro con detenimiento.

—¿Cuándo se piensa bañar?

—No lo sé. Pero, si lo supiera, tampoco se lo diría. Es obvio, ¿no?

Asoma a los ojos de Marcos una sonrisa maligna.

—De acuerdo.

Se mantiene de brazos cruzados, mirándola en silencio, ya sin la sonrisa, hasta que ella termina de comer. Cuando ocurre esto, el Viejo se levanta de la mesa, y se va a cumplir con su misión de lavar y dejar todo ordenado.

—Gracias por la cena. Buenas noches.

—¡Buenas noches! —contesta él, con un tono demasiado divertido, mientras sus manos callosas acarician la superficie del plato que enjuagan. Debe disfrutar por adelantado la idea

de vengarse.

Catalina regresa a su habitación.



Han pasado varias horas desde que la cabaña se silenciara. Es la mitad de la noche y solo se escucha a las aves nocturnas hacer ruidos ululantes en el bosque. Algunos de ellos la están asustando un poco. Incrementar esta emoción quizás espolee su imaginación.

Catalina se desliza por la puerta

envuelta en una toalla con dibujos de tucanes. Este detalle solo es sabido por ella, porque no puede verse casi nada.

Encuentra en el exterior un campo azul bañado de luz de luna. El satélite, blanco y puro en el cielo, juega a causar brillos en las puntas de los árboles, en algunas hojas del césped, en las piedras blancas.

Catalina llega al lago casi corriendo, imitando el camino que tomó el Viejo a la tarde. No cree que la pueda escuchar ya. De todos modos, no está desnuda. Tiene puesto un biquini que

no usa hace demasiados años.

Deja la toalla más cerca de lo que lo hizo el Viejo, mientras mira en todas las direcciones, por si pudiese distinguir algún movimiento anormal. Para ella, en ese lugar desconocido, todo es anormal.

Las puntas de los pinos se mueven con suavidad, mecidas al ritmo de una brisa cálida. Las olas del lago, apenas activas, dibujan pequeñas sonrisas con brillos nacarados de luna.

Se convence de que todo está bien y se quita el sostén, que deja junto a la toalla, tendidos ambos sobre una gran

piedra que hay en la orilla, donde la tierra ya comienza a ser barrosa y recibe los besos húmedos del lago.

Ingresa con lentitud. La piel se le eriza por el frío. Lo esperaba. El agua del lago no puede estar tibia a esa hora. «A ninguna hora», se corrige.

Mientras camina hacia el interior, ve el bamboleo de sus senos, del que no es consciente hace tiempo. Ha perdido algo de contacto con su cuerpo. No los recordaba tan grandes, tan redondos ni tan libres. Puede tocarse, enmarcar los globos, pesarlos, rodear las areolas con los dedos, como lo desea, pero,

¿si el Viejo anduviera por ahí? Esa escena podría ser el principio de un desastre.

A pesar de que la carne se le ha puesto de gallina, sigue caminando hacia el interior del lago hasta que el agua le cubre los pechos. Siente mucho frío y no hay ni causa ni modo de disimularlo. Se pasa las manos por la cara, y tiembla al hacerlo. Luego se dispone a juntar fuerzas para hundirse, porque tiene que mojarse el cabello de algún modo.

Toma aire como si estuviera por bucear y se hunde. Al momento,

emerge y se coloca de espaldas, dejándose flotar sobre el lago.

El cielo es inmenso. Si alguna vez lo vio en toda su extensión azul, no lo recuerda. Tantas estrellas de diversos tamaños, salpicadas aquí y allá. La luna lanzándole su luz de ceniza, marcándole el contorno curvilíneo del cuerpo, algo melancólica, parecida al recuerdo de los muertos y de los suspiros entre besos que se han ido para siempre.

Catalina bate los brazos como una mariposa, pero con más lentitud, y cierra los ojos. La brisa le comienza a

secar el rostro, pero no las lágrimas que asoman.

Una primera vez a escondidas, bajo una luna parecida. Una primera vez algo dolorosa, precipitada, húmeda. Un hombre que ya no ama; que no se perdona haber amado con la locura tan irremediable y tan inapelable de los tiempos adolescentes.

Sus pensamientos se hunden en el pasado y le hacen olvidar una venganza anunciada.



Inocente treintañera que no sabe que él conoce cada uno de los sonidos del bosque, y que, además, lee hasta la medianoche. ¿Tan inocente como para desconocer que la está mirando? No lo cree.

Después de todo, ahora está flotando con media humanidad de cara a la luna porque quiere tener una fuente de luz para que él la puede apreciar mejor. ¿No? Como los fotógrafos, sí, ella tiene que ser así. Siempre pensando en las fuentes de luz. No puede ser casualidad. Además, es artista.

Desde su buen refugio entre dos arbustos, donde incluso tuvo tiempo de plantar un buen pedazo de madera que le diera comodidad y le impidiera mojarse el trasero, Marcos mira con detenimiento. La patita se debe estar muriendo de frío, pero él no.

Coloca las palmas sobre el madero para poder tenderse mejor y se sienta con más comodidad, extendiendo las piernas hacia delante.

Desde allí se dibuja con claridad cada curva. Él tiene una vista de lejos prodigiosa. Para ver de cerca requiere esos enormes anteojos de marcos

negros, tan setentones, como le decían antes, pero de lejos sus ojos pueden disfrutar cualquier espectáculo.

Puede contar incluso los valles que forman las curvas del perfil femenino. Uno: la cuenca del ojo. Dos: la boca entreabierta. Tres: entre pechos y barriga. Cuatro: pubis. Cinco: entre rodilla y pierna. Seis: entre pierna y empeine. La imagen es excelente; no puede negarlo.

Quizá sea esta, después de todo, la mejor venganza que ha tenido en su vida. La más dulce, porque todas las otras no lo fueron tanto.

La ninfa del lago se pone de pie. El cuerpo se hunde en el líquido negro hasta el cuello. Juega con los dedos a hacer espirales con el agua, y luego chapotea un poco. Sale caminando como un bonito ejemplar de pato; las piernas se afinan mucho por debajo de las nalgas. Mientras avanza, se frota los ojos con las yemas de los dedos. Cuando la escucha suspirar con algo de melancolía, se pregunta si estará bien.

Catalina llega hasta la toalla que ha dejado no muy lejos de él y Marcos no puede evitar lamerse el labio.

El Viejo está a punto de alzar la mano y gritar un saludo cuando ella se pasa la toalla entre las piernas. Él decide no delatarse porque, después de todo, ella no se regodeó. Al menos no con él, quizá sí en soledad.

La dama azulada se seca sus grandes glúteos y pechos. Marcos recuerda aquellas antiguas estatuas de la fertilidad. El pensamiento lo incomoda, pero se dice que todo lo que está haciendo aquí es incómodo. Se repite que lo hace solo para educarla; nada más.

Catalina termina de secarse el

cabello, sacude la toalla con descuido y se vuelve a colocar el corpiño, para molestia del espectador.

No se ha quitado en ningún momento la parte inferior del traje de baño, así que no sabe si la venganza saldó la cuenta completa, porque, hasta donde él imagina, ella lo vio a plena luz de la siesta sin un solo trapo.

Catalina se aleja corriendo. Ya no se la distingue bien. Solo es una mancha que se mueve en la noche.

Marcos espera un tiempo prudente y regresa a su habitación. Como conoce de memoria cada marco y cada gozne

de cada puerta, él sí sabe cómo debe entrar y salir de las habitaciones en silencio. Y así lo hace, como si llevase una vida desarrollando la técnica, por lo que Catalina no puede haberse dado cuenta de la venganza.

Marcos se sienta en la cama y extiende las piernas. Usa el respaldo, de hierro forjado con figuras circulares, para apoyar la espalda. Cierra los ojos y se dedica a recordar las imágenes. En su boca se va formando una especie de sonrisa.

Se dice que un informe verbal de lo acaecido sería demasiado, como tomar

más de lo prestado, pero que puede dibujarla sin que ella se entere.

Toca una pequeña lámpara que funciona a pilas. El objeto entrega su luz al instante. Marcos enciende el farol de queroseno con un fósforo y regula la intensidad de la luz con la perilla. Entonces vuelve a tocar la moderna lámpara y esta descansa otra vez.

El Viejo saca del cajón de su mesa de luz un bloc de dibujo, un lápiz negro 2B y una goma de borrar. Vuelve a cerrar el cajón.

Pasa las hojas utilizadas. Todas

tienen dibujos paisajísticos o de naturaleza muerta. Invirtió horas en la mayoría de estas obras, aunque sabe muy bien que es un dibujante naíf.

Comienza a trazar las líneas del boceto de la imagen que más lo impresionó esta noche: la de aquella mujer de espaldas al lago y de pezones al cielo, flotando sobre el calmo espejo de agua, como si ya se hubiera muerto o la vida pudiera irsele allí.

Dibuja líneas veloces y bruscas, algo toscas. Intenta recordar con detalle las luces y las sombras; insiste

con el lápiz para crear las sombras y borra en algunos sectores para lograr las luces. No se olvida de la luna, sin la cual nada en esa escena podría haber sido igual. Tampoco de las sierras a lo lejos, que él tiene ya marcadas en la retina de tanto mirarlas, como si las hubiera fotografiado muchas veces.

Se siente satisfecho solo cuando la imagen mental le parece bien volcada sobre el papel. Cierra el bloc. Ubica el lápiz y la goma sobre él. Consulta su reloj pulsera. Ya son más de las una de la mañana. Debería estar

durmiendo.

Una extraña en Pinos Altos



La computadora portátil está muerta. No hay modo de resucitarla sin electricidad.

Catalina se dice que no podrá escribir demasiado en su pequeño cuaderno con dibujos de calaveras

rojas. Lo trajo para registrar ideas cortas. Cuenta solo con cuarenta y ocho hojas rayadas que, a lo sumo, podrían contener un capítulo de la historia. Además, le gusta tener ese cuaderno para las notas; no quiere ensuciarlo con las cuestiones espesas.

Toman un desayuno un tanto básico para la costumbre de la escritora. Consiste en un té de mala calidad con un trozo de pan casero.

El tiempo pasa con demasiada lentitud. Él se niega a mirarla y está muy callado. Ella teme hacer preguntas, avanzar. Hay algún temor

secreto que la impulsa a callar, aunque algunos murmullos le roen la cabeza.

En cuanto termina de empujar el trozo de pan, vuelve a encerrarse en su habitación. Las horas transcurren allí en un abrir y cerrar de su cuaderno de notas y su libreta, en un subir y bajar la cabeza de su bolígrafo azul Parker, en la absoluta ausencia de ideas.

La luz del sol, que antes intentó atravesar la cortina como un leve resplandor, ahora presiona furiosa, iluminándola como si del otro lado hubiese una gran pantalla, y llenando el interior de una luminosidad

anaranjada y opaca. El ambiente se tiñe entonces de colores y calores con remembranzas de siestas, aunque todavía no llega esa hora.

Cuando suena el golpe de costumbre en la puerta, procedido por la frase «El almuerzo», Catalina no hace ni el intento de arreglarse un poco el cabello desordenado que volvió loco durante las horas de dar vueltas a la cabeza.

Aparece en el comedor con su pijama de cuadros negros y lenguas rojas. Le parece que Marcos sonrío al verla con la misma ropa de la mañana,

pero no está segura.

«Otra vez sopa», dirían en otras casas, pero en esta es «otra vez ensalada». Tomate, lentejas y maíz, esta vez. «Bueno, quizás unos kilos menos me vendrán bien», piensa. Y come en callada resignación.

Cada tanto, Catalina levanta los ojos para encontrarse con los de él, que la mira con algo de cansancio, para luego bajar la vista y seguir con lo suyo. El cabello del Viejo está mal recogido y algo mojado, por lo que de seguro estuvo trabajando en sus plantaciones.

—Necesito electricidad —dice Catalina, sorprendiendo un poco a Marcos, ya que lo saca del letargo parecido a una duermevela en que se encuentra. El hombre cabecea.

—Puede ir al pueblo.

—¿Hay algún bar donde pueda conseguir internet?

—¿También necesita internet?

—Sí. Tengo que documentarme sobre Reikiavik.

Marcos alza las cejas.

—Es la localización de mi próxima novela.

—Claro. Hay bares con internet, pero quizá no sea la mejor opción. La conexión es lenta.

Catalina se quita el sudor de la frente y se lleva el cabello hacia atrás, empeorando su apariencia.

Marcos sonríe, pero no dice nada.

—Bueno. ¿Qué otro lugar podría ser? Que tenga aire acondicionado si es posible, porque no sé si voy a poder concentrarme en estas condiciones.

—Creo que el único lugar con una conexión decente a internet que además tiene aire acondicionado es la

biblioteca. Está abierta en horario corrido, hasta las nueve de la noche.

—¿De verdad hay una biblioteca en Pinos Altos? —pregunta Catalina como si le hubieran descubierto un cofre enterrado.

Marcos asiente con la cabeza.

—Gracias por la información. ¡Es la primera buena noticia desde que llegué!

Marcos no sonrío.

—No hay de qué.



Catalina recién ha caminado hasta la mitad del bosque y ya se arrepiente. Siente que los dedos de los pies le hierven. El sol, cuando logra colarse entre las hojas de los árboles y pegarle en la mejilla o en el hombro, parece golpearla. En esos momentos, envidia a los sauces llorones que ve aquí y allá al pasar, tan tranquilos ellos, vertidos hacia la ribera del río, inclinados, como bebiendo el agua fresca; lo único fresco en muchos metros a la redonda.

Cuando deja el bosque, siente acercarse a la hoguera central del

infierno. Ya no tiene la sombra de pinos, cedros y eucaliptos que tanta ayuda le proveyeron sin que ella lo supiera. Ahora, que tiene que caminar lo que recuerda que son dos kilómetros por la ruta y los barrios, la valora. El pavimento parece echar humo.

Si alza la vista, luchando contra el reflejo de la luz solar que le golpea los ojos, un espejismo le hace ver lagos de asfalto allá donde la ruta se vuelve más larga y lejana.

Llega con el cabello empapado hasta la puerta de la verdulería de

Tito. Odia sudar tanto por la cabeza y los pies. Más por previsión y autoconocimiento que por suerte, lleva sandalias, por lo que sus pies también pueden respirar, pero siente que la atmósfera a esta temperatura ya no le permite disipar calor.

Encuentra a Tito, al que describe para sus adentros como «un hombrecito simpático y barrigón», limpiando la entrada de la verdulería con una escoba. Barre hacia un costado restos de lechuga mustia y cáscaras de cebolla.

Se dice que quizá no encontrará

nada fresco en ningún otro lugar, que recién son las cinco de la tarde, que es muy temprano, que todo el mundo parece haber sido abducido por extraterrestres o estar metido en algún bunker antibombas, que en la biblioteca no puede haber un *dispenser* con bebidas, y muchas otras frases similares. Su mente se dirige a una inevitable autocompasión y le hace visualizar una deshidratación como único resultado posible.

Ingresa en el local sin poder creer que haga más calor adentro que afuera. La chapa sobre sus cabezas,

sin ningún tipo de aislamiento, entrega sin tregua su calor al interior.

El hombre camina con prisa y se coloca detrás del mostrador.

—Hola, señorita. Sea usted bienvenida. —Los ojos marrones la miran con un cariño que podría ser paternal o no.

Catalina no puede dejar de asombrarse por la cicatriz blanquecina sobre la ceja izquierda.

—Buenas tardes y gracias. Estaba buscando algo fresco para tomar. ¿Vende bebidas?

—Solo de fabricación propia —dice el hombre, cruzando las manos con elegancia sobre el mostrador.

—¿Cuáles son? —pregunta Catalina, algo atemorizada, sin poder dejar de pensar que el cabello del hombre es demasiado negro.

Señala con el brazo hacia la heladera, donde descansan las escarolas, las coles, los brócolis y otras verduras verdes; todas juntas en reunión de consorcio. También hay allí dos grandes bidones que contienen algo desconocido para ella.

—Limonada. ¿Le gusta la

limonada? —pregunta el verdulero, inclinando un poco la cabeza.

—Sí, creo que sí.

—¿Quiere probar antes de comprar?

Catalina asiente con la cabeza.

Tito agarra un vaso que se encuentra boca abajo, de esos marrones feos de los que se venden a razón de seis por ochenta pesos. Camina hasta el refrigerador. Vuelca el líquido hasta llenar la mitad del vaso.

—Pruebe —le dice cuando vuelve con ella.

Catalina toma el vaso y prueba. Si

estuviera sola, lo escupiría. Los ojos están por salirse y siente que la lengua le duele, especialmente en la parte trasera. ¡Este jugo tiene demasiada azúcar! Incluso para ella, adicta a la leche chocolatada con cantidades insalubres de azúcar, ese mejunje es una exageración. Catalina se dice que debe buscar una manera amable de informar que no le comprará la bebida.

—Está muy buena —dice Catalina, y deja el vaso sobre el mostrador tras el primer sorbo—. Pero necesito agua. Busco agua mineral.

Tito asiente con galantería mientras le sonrío.

—Entiendo... Hay personas así, a las que les gusta el agua pura, eso está muy bien. —El hombre sale al exterior del local y ella lo sigue. Extiende su brazo hacia adelante y continúa—: Esta es la avenida Lugones, la principal de la ciudad. —Él siempre llama ciudad al pueblo—. Si usted camina dos cuadras más por aquí, se encontrará con el almacén de Gino. Seguro que ya está abierto a esta hora. Ahí encontrará lo que busca.

—Gracias, señor.

—Me dicen Tito.

Él inclina la cabeza y ella asiente.

Catalina se marcha lo más rápido que puede, no porque Tito le dé miedo, sino porque siente que el sol le está quemando las puntas de los dedos que asoman por sus sandalias.

Camina hasta el almacén de Gino casi corriendo, aunque no quiere sumar más calor a su cuerpo; mantiene un paso aeróbico.

Cuando llega, abre la puerta e ingresa en el lugar, por fortuna

acondicionado, como si la persiguiese la policía.

Un hombre muy grande y muy serio, que identifica como Gino, la mira sentado, desde el otro lado del mostrador, y le entrega un seco:

—Buenas tardes.

Como Catalina es gustosa de los detalles, no puede evitar pensar en los ojos celestes y el cabello rubio con gel, tan propio de un guapo del novecientos, y lo extraño que resulta pensar en un tanguero rubio. Se dice que esto quizá se deba a la icónica imagen de Gardel, pero no logra llegar

a una conclusión firme. Todo esto mientras camina hacia la heladera de las bebidas.

No se le pasa por alto, tampoco, que el hombre la está mirando sin parpadear.

Catalina llega hasta el mostrador con la caja de leche chocolateada de un litro. De un litro, sí, porque hay que sobrevivir toda esta tarde. La caja le quema la mano con su frío y el sudor del material le moja más una piel ya muy sudada.

De un dispositivo ubicado a espaldas del dueño del lugar, emerge

la voz de Ricardo Montaner cantando los últimos versos de *Nostalgias*: «desde mi triste soledad veré caer las rosas muertas de mi juventud». Después de lo que acaba de pensar, e imaginando a Montaner como otro guapo tan raro, no puede evitar reírse.

Esto no cae bien a Gino, que no inclina la cabeza ni hace ningún gesto de asentimiento o simpatía, y que quizá comienza ya a perseguirse con ideas paranoicas sobre por qué esa extraña se ríe de él en su cara.

—Son veinte pesos —le dice el hombre, como lo podría haber dicho

un robot.

Ella saca un pequeño monedero negro con dibujos de lenguas, porque le gustan el negro y las lenguas, y de allí extrae la cantidad justa. Le entrega un billete rosado a Gino.

El hombre toma el dinero con lentitud y lo introduce en su caja registradora con la misma calma, como si él y su radio, solo ellos dos y no su moderno almacén lleno de heladeras luminosas, se hubieran quedado perdidos en otro tiempo, más lento y dubitativo que el actual.

—¿Tendría un vasito? —le pregunta

Catalina con algo de miedo, temiendo haber ofendido al hombre que puede tener extrañas ideas o costumbres que ella no llega a dilucidar.

Gino gira el torso en noventa grados, demostrando más agilidad de la que se puede esperar en un cincuentón de su gran tamaño. Quita el último vaso de una gran torre que vigila los expositores carameleros.

—Aquí tiene —le dice sin más.

Ella toma el vaso, le agradece y sale otra vez a la vereda, al infierno, a un brillo que no puede evocar momentos muy agradables. No en su vida; tal vez

sí en la de alguien que haya tenido un gran amor bajo el sol más rutilante de algún verano pasado. No sabe qué es peor, si la mirada de hielo de ese raro de Gino o el sofoco acuciante del exterior.

Los aleros de algunas casas de su lado de la calle producen sombras estrechas por las que un flaco quizá pudiera caminar confiado, pero no ella, con su trasero de considerable tamaño, lo que lamenta. De todos modos, sin estar dispuesta a enfrentarse al sol cabeza a cara, hace todo lo posible por caminar pegada a

los muros de las casas con aleros, robando la sombra que estos le puedan dar, temiendo por su brazo izquierdo si alguna de esas casas tiene un perro y por la salud de su piel si los acabados del revoque exterior son groseros y puntiagudos y ella se mueve un centímetro más de la cuenta.

Con esa táctica, llega a su destino final, más o menos sana y con la leche con chocolate a medio calentarse.

* * *

Por fin. La biblioteca. La sola visión de esta arquitectura la llena de placer, porque gusta de las antigüedades, que, para ella, siempre guardan fantasmas en la memoria, pero imaginarla llena de libros, además, le acelera los latidos del corazón.

Primero abre la puerta de reja antigua, creada con hierros finos y bien trabajados. Los goznes gimen a su paso. La vuelve a cerrar. Camina por un breve sendero recto de adoquines. Abre una de las hojas de la alta puerta de madera que hay en la entrada e ingresa.

Un aire ártico la envuelve. También un aroma denso a libro de hojas amarillas que flota por todas partes.

Al frente de ella se encuentra un escritorio antiguo y pesado. Supone que corresponde al bibliotecario encargado, que tiene que ser el hombre que lo está utilizando. Este es un personaje con anteojos sin marco, unos vivaces ojos verdes y el mentón hundido. El cabello, pulcro y corto, quizá fue castaño claro en otro tiempo, antes de encanecer. Espera que esté un poco menos loco que el resto de los pobladores de Pinos Altos

que ha conocido.

El hombre alza la cabeza hacia ella y le sonríe.

— Hola!  Puedo ayudarla en algo?

Catalina le corresponde al gesto y da un paso hacia delante.

— Buenas tardes! El solo hecho de dejarme estar aquí ya es una ayuda. No se puede soportar el calor que hace afuera.

—Es verdad. Los veranos son duros por aquí. Córdoba Capital,  no?

Catalina sonríe, segura de que su acento la delat .

—¿Es una vecina nueva? —
pregunta el hombre, invitándola a
sentarse frente a él.

Ella toma asiento.

—No precisamente. Estoy aquí solo
durante la temporada de verano.

—Vacaciones...

—Algo así.

No quiere decirle a este hombre, con
su remera Polo impecable y sus
anteojos de patillas doradas, que ella
es Catalina Toledo, la autora de *Voces
rojas*. Sería una vergüenza inenarrable
que le respondiera que nunca escuchó

nada acerca de su libro; pero, peor aun, que la mirase con cierto desprecio por escribir novela de género, de ese tipo que las personas como él consideran del vulgo.

—¿Puedo usar internet? —pregunta ella.

—Sí, claro. —El hombre señala a las mesas largas de algarrobo que pueblan la amplia estancia, haciéndola parecer mucho más pequeña de lo que es en realidad—. En las mesas hay atriles. Todos tienen una hoja con información sobre nuestra red wifi.

—Magnífico. Muchas gracias.

—Por nada —dice él, mostrándole una sonrisa con dientes en orden riguroso.

—Ah, otra cosa. ¿Podría conectar mi *notebook* a la toma eléctrica? Está muerta.

—Claro, sí. No hay ningún problema.

Catalina va hasta la toma eléctrica más cercana que encuentra y coloca su computadora portátil sobre una de las mesas grandes. Acerca un atril hacia ella mientras la computadora se enciende.

Su cuerpo comienza a enfriarse. Ya no siente ese ardor insoportable en toda la piel, esa sensación de estar sufriendo una quemadura bajo el sol.

Se conecta a la wifi, se relaja y dedica las siguientes horas a buscar información sobre Reikiavik. Guarda los archivos para poder accederlos cuando esté en la cabaña.

Respetar rigurosamente las reglas que están escritas en la misma hoja que tiene la contraseña de la red wifi: mantenga la voz baja, sea respetuoso, cuide la limpieza del lugar, trate a los libros con amor.

Cada tanto, entra alguna persona que pide un libro y se marcha. A veces el bibliotecario se pone de pie y va por algún volumen. La primera vez que lo hace, Catalina descubre que el hombre es menos alto de lo que su rostro alargado le hizo suponer, pero está bien proporcionado. Ella tampoco es muy alta, después de todo.

A veces, cuando levanta la mirada mientras una página web se guarda o se carga, se encuentra con los ojos verdes del encargado de la biblioteca, pero el contacto dura un segundo, no más. El hombre parece modesto;

quizás haya alguien modesto en Pinos Altos.

Catalina lleva cinco horas sintiéndose en un oasis, pero todo cambia de repente. La luz se apaga a las nueve de la noche. Todos los presentes, que son tres más el bibliotecario, es decir, cuatro en total, quedan sumidos en la oscuridad. Esto es hasta que, dos segundos después, con un clic apenas perceptible, se encienden las luces de emergencia.

Esas luces blancas mortecinas dan al lugar una apariencia más vetusta y fantasmagórica, que, si no fuera

porque la biblioteca está por cerrar, le gustaría mucho usar como fuente de inspiración. Pero prefiere marcharse a ser echada, por lo que apaga su computadora y la guarda.

* * *

Gino le pidió que lo ayudara a reparar el generador de energía eléctrica. Sabe que sin él puede perder toda la mercadería, porque ya le ocurrió varias veces. Marcos le dijo que sí, que lo intentaría. Gino ya imaginaba que con esa ola de calor

pronto le cortarían la energía eléctrica y sus heladeras necesitarían de otra fuente para salvaguardar su capital. Marcos entiende su desesperación.

El Viejo posee fuerza y algo de conocimientos. Gino tiene la otra parte de conocimientos y muchísima actitud positiva.

En el depósito del almacén de Gino hace un calor difícil de soportar. La losa sin material aislante entrega la energía que recibe del sol sin sentir pena por los dos hombres que, debajo, analizan el artefacto.

A pesar de la incomodidad, Marcos

se siente gustoso de ayudar. Gino lo ha hecho muchas veces con él, sobre todo en los tiempos de malas cosechas, que llegan cada tanto.

—¿Me decís que ya no volvió a arrancar? —pregunta Marcos.

—Exacto, viejito. Está como muerto.

Marcos verifica la carga de combustible del generador y la encuentra correcta. Luego verifica que la llave de paso de combustible esté en modo «ON». Realiza la misma inspección respecto a la palanca de inicio. Tira de la cuerda para encender

el aparato. No sucede nada.

—Puede ser que le falte aceite.

Marcos utiliza la varilla de control para verificar el nivel de aceite. Gino, también agachado, sigue la mirada del Viejo.

—Lo había chequeado, pero está casi lleno.

—Quizá necesita un nivel completo. ¿Tenés más aceite?

—Sí, ya te traigo.

Gino vuelve con un embudo y un recipiente negro con letras blancas. Marcos gira la tapa del contenedor, la

quita y vierte el aceite en él. Coloca la tapa otra vez. El Viejo vuelve a tirar de la cuerda, pero el generador sigue muerto.

—Quizá tengamos que purgar el sistema. ¿Te molesta si cae un poco de nafta en el suelo?

—No, para nada —le dice Gino, que está gustoso de limpiar cualquier cosa y lo único que desea es obtener pronto un respaldo del débil sistema eléctrico de la provincia.

El Viejo toma una llave del suelo y desajusta un tornillo. Luego activa una palanca y la máquina comienza a

escupir combustible con burbujas. El olor penetrante y químico de la gasolina se le mete por las fosas nasales. Cuando el líquido comienza a fluir sin aire, Marcos ajusta el perno y tira nuevamente de la cuerda.

La máquina comienza a ronronear. Ambos golpean el suelo con las manos. El sudor deja marcadas las huellas en el piso de cemento sin revestimiento.

Ya son las ocho y está comenzando a anochecer. Cargan la máquina con combustible, por si necesitasen usarla en cualquier momento, y dejan el

depósito.

Tanto Gino como Marcos se refrescan las cabezas en el baño, de a uno por vez, lanzándose agua a la cara como si la tuvieran llena de barro.

Entonces ingresa por la puerta del depósito Emilio, con su caminar demasiado pendular y su cresta de aire rebelde, a preguntar a su padre cómo le está yendo. Se para con el pecho firme y las manos en las caderas, una rodilla adelantada sobre la otra, con un desparpajo característico de él.

—Aquí está el vago de mi hijo. Hay jóvenes que laburan y jóvenes que no,

no hay con qué darle. Este chico solo piensa en las minitas.

Marcos y Emilio intercambian una mirada de pocos amigos.

Al volver al almacén, donde el aire está acondicionado, se dan cuenta del verdadero calor de aquel día. Marcos intuye que en cualquier momento el pueblo quedará a oscuras.

El Viejo se queda en la caja, charlando con Gino mientras este cobra, hasta que ocurre el apagón. El almacenero pide a Marcos que le haga el favor de poner en funcionamiento el generador.

Mientras se aboca e ello, escucha en la lejanía el sonido de la voz de Lorenzo, el hermano de Gino, que viene a acompañarlo para sumar presencia masculina «por si aparecieran los malditos choros». El tamaño de Lorenzo pretende disuadir a los ladrones potenciales. Aunque no puede correr una cuadra sin perder el aire, su altura impresiona.

Marcos pone en funcionamiento el generador y regresa con los hermanos Rosendi.

Gino apaga el aire acondicionado, porque el generador no podrá soportar

tanto.

Lorenzo saluda con afecto a Marcos, y casi le parte la mano al estrechársela. La hija adolescente de Lorenzo, aún vestida con su delantal del colegio, se une al grupo. El padre le envió un SMS diciéndole que se detuviera aquí, que no siguiera sola hasta casa. Temía por ella.

En ese momento, Marcos piensa por primera vez en los peligros que entraña para una mujer cruzar una ciudad a oscuras. Entonces, el recuerdo de Catalina vuelve a él. Es verdad, la mujer no es muy simpática,

pero es pequeña y está un tanto indefensa, a no ser que lleve un martillo en esa mochila Wilson, lo que a él no le consta.

—Me tengo que ir, Gino.

—Chau, campeón.

Los dos hombres le dan la mano, la adolescente lo mira con atención penetrante y Marcos abandona el almacén.



Las otras dos personas parecen ser

jóvenes en busca de libros de consulta para sus trabajos universitarios. Devuelven los libros al bibliotecario y se marchan. Ya no es posible consultar nada, porque las luces de emergencia bastan apenas para mirar por dónde se camina.

«Y si me acercara con un libro hasta la fuente de la luz, ¿podría leer?», piensa Catalina, porque siempre se le ocurren ese tipo de cosas, la sucesión interminable de los «y si...», preguntas extrañas o impensadas que nadie más se haría, a no ser un escritor, porque piensa que los

escritores tienen que ser todos raros, como ella.

El bibliotecario tiene cuatro tomos pesados sobre el escritorio. Catalina mira los libros como si estuviera algo drogada.

—¿Le interesa alguno? Son libros de texto sobre geografía argentina. No sé si estará buscando eso...

—No, no es eso. ¿Puedo ojear alguno dos minutos?

—Sí. —El hombre agarra el libro superior y se lo entrega; toma en sus brazos los otros tres volúmenes.

Catalina va hasta la fuente de luz más cercana y abre el libro. Es un mapa de Córdoba. Pasa las páginas hasta llegar a una que tenga texto. Entonces pone toda su atención en intentar determinar si puede leer aquello; y sí, con dificultad. «Por lo que, si aquí estuviera escrito un secreto o una pista que un protagonista tuviera que desvelar, podría hacerlo». Su curiosidad está saciada.

—Perdone, ¿cómo se llama?

—Catalina Toledo —dice ella, volviéndose hacia él.

—Catalina. Lindo nombre.

—¿Y usted?

—Oh, no soy tan viejo. ¿Podemos tutearnos? Me llamo Daniel.

—Bien, Daniel. Sí, podemos.

—¿Qué estabas haciendo?

—Comprobando si se podía leer algo en esta habitación.

—Creo que no.

—Con esfuerzo y atención, puede lograrse.

La luz es suficiente para determinar que le sonrío.

El hombre se marcha por un pasillo a lo que parece ser una habitación trasera.

Como se ha quedado con el libro en la mano, se va en busca del hombre. No lo encuentra. Asoma la cabeza por aquí y allá, sin atreverse a dejar el recinto delantero, porque el espacio restante luce más sombrío. Ni siquiera es capaz de asegurar si la otra habitación, porque es evidente que hay otra, tiene luces de emergencia también.

—¿Me estás buscando?

—Sí... Tengo aquí el otro libro...

—dice ella, dirigiendo la voz al lugar de donde parece provenir la de él y alzando el libro en la mano como si alguien pudiera verla.

—Vení, por favor, pasá a la sala siguiente. Con cuidado, por el pasillo.

Catalina va tanteando por el camino indicado y encuentra el destino porque al hombre parece salirle luz de la mano derecha. La mano se ve muy alta, por lo que él debe estar subido en una escalera pequeña.

—La luz de emergencia de esta sala no ha funcionado. La voy a cambiar mañana mismo, porque esto de los

cortes de luz es muy común en el pueblo.

—¿Siempre?

—No. Durante las olas de calor del verano.

El hombre está terminando de acomodar un volumen en la estantería.

Catalina se dice que este señor tiene que ser muy ordenado para ponerse en este trabajo bajo las condiciones actuales, en lugar de esperar a poder hacerlo con la luz del día, a la mañana siguiente.

—Este es el de Geografía de

Córdoba —le dice Catalina.

La luz apunta hacia los pies del hombre, por lo que ella puede ver el destello de las hebillas de sus zapatos mocasines.

Daniel le dirige la luz a la cara. Catalina oculta el rostro.

—Perdón. No sabía que estabas tan cerca.

—No te aflijas —le contesta ella.

El hombre toma con suavidad el libro de la mano de Catalina y lo mira con atención.

—Este va en la otra sala.

Catalina decide seguirlo, por pura curiosidad. Le llama la atención el modo en que la circunferencia de luz se desplaza por los tomos, como el círculo blanco del helicóptero que busca al fugitivo en la noche. Espacios fugitivos, en este caso.

Se ubica muy cerca de Daniel, sin saber cuán cerca está hasta que una especie de relámpago le golpea los ojos.



Pero no es un relámpago. Las luces en las paredes y el techo centellean tres veces mientras Marcos ingresa en la biblioteca.

El bibliotecario se gira y casi da un golpe con la mano en el rostro a Catalina.

Catalina hace un paso hacia atrás. Marcos los mira con un gesto de confusión, para luego desvanecerse los tres otra vez en la oscuridad.

—Perdón... No sabía que estabas ahí... —Daniel emite el sonido de una risa nerviosa.

Marcos piensa que la frase estuvo calculada para dar la impresión de que la cercanía había sido casual.

«Qué estupidez... estas cosas entre gente grande», se dice el Viejo.

—¿Marcos? —pregunta la voz de Catalina.

—Sí, aquí estoy. Vine porque está todo oscuro y pensé que quizás iba a tener miedo de volver sola.

Catalina tarda un tanto en responder.

—No lo había pensado, pero sí.

El bibliotecario se las arregla para susurrar al oído de Catalina:

—¿Es su novio?

—¡No!

—¿Está segura con él?

—Creo que sí.

—Bueno —dice Daniel con algo de desgana.

—¿Nos vamos? —pregunta Marcos.

—¿Puedo volver mañana? —dice Catalina.

—Sí, claro —contesta Daniel—. Es bienvenida.

Marcos piensa que es demasiado estúpido preguntar si puede regresar a

una biblioteca pública. Para eso es pública. Puro coqueteo y nada más.

—Hasta mañana, Daniel.

—Hasta mañana, Catalina.

«Hola, don Pepito. Hola, don José», canta el Viejo en su mente.

Salen de la biblioteca, cuya entrada también tiene luz de emergencia, y quedan sumergidos en las sombras.

—Conozco las veredas en mejores condiciones, así que usted camine a mi lado, por favor —solicita el Viejo.

—Bueno.

Se escuchan risas de niños y jóvenes, y pisadas que corren en ciertas casas. Algunos vecinos sacan a la vereda tumbonas y también pequeñas mesas plásticas circulares de jardín, donde colocan una o dos velas que les iluminan los rostros de manera tétrica.

Uno que otro vecino se puede percibir solo por los contornos que deja adivinar la luz de luna. A Catalina le parece que una mujer añosa está moviendo un abanico para luchar contra el sofoco.

—¿Pudo avanzar con su trabajo? —

pregunta Marcos, para romper lo que en ningún caso puede sentirse como hielo.

—Sí, avancé con la documentación.

—Me alegra. ¿Y ya hizo buenas migas con Aguirre?

—¿Quién es Aguirre?

—El encargado de la biblioteca por las tardes, al que usted le estaba soplando en la nuca para darle algo de frescor.

—¡No le estaba soplando en la nuca!

Los dos se quedan en silencio.

—¿Y le cayó bien?

—Sí, es muy amable. Fue una muy buena primera impresión.

—Dígale que sea amable también con sus empleados, los que tiene laburando bajo el sol, y les pague en blanco.

—Uy.

—¿Qué significa uy?

—Que veo que tiene cierta enemistad con el hombre.

—O él la tiene conmigo... Es mutuo. ¿Le gustan ese tipo de hombres?

—¿A qué se refiere?

—A esos dominantes de museo con aires de superioridad.

—Así planteado, sería difícil decir que me gustan. ¿Le tiene rencor por ser un intelectual?

—No, le tengo rencor por ser un explotador.

—Ah, bueno, porque a mí me gustan los hombres intelectuales y profundos. No los otros, los elementales, salvajes de pelo largo al viento volando sobre la ruta a toda velocidad en sus motos poderosas.

Tienen unas motos que valen más de lo que puedan guardar en su cabeza, y no son capaces de hilar dos frases en sucesión. Soy sapiosexual, creo.

Catalina se acerca más a él sin darse cuenta, al torcer levemente su camino hacia la izquierda, y le toca el codo. Se aleja como si el contacto la quemara y se raspa el hombro con el revoque grueso y burdo del exterior de una casa junto a la que pasan.

—Perdón.

Aunque no quiere que lo vean con ella, Marcos no encuentra manera de evitar el almacén de Gino, por lo que

tienen que caminar sobre esta vereda.

—Hasta mañana —dice Marcos a Gino, que ya está cerrando el local.

—¡Hola, vecina! —saluda Emilio a Catalina, arrastrando las palabras de manera insinuante.

El hombre está montado sobre una motocicleta enorme. El depósito de gasolina y el guardabarros relucen con la poca luz que les llega desde el almacén. No tiene el cabello largo, sino peinado en una cresta. Y luce un pantalón *jean* y una camiseta sin mangas con el nombre de un equipo de básquet estadounidense. Imposible

que no llame la atención: parece tener dos barrotes verdes en el pecho, efecto de la poca luz que rebota en su prenda.

—¡Hola, vecino! —le dice ella, sin ningún acento más que su común tonada cordobesa.

Cuando ya han caminado unos cincuenta metros y nadie más puede escucharlos, Marcos continúa:

—Si me pudiera ver la cara ahora...

—La estoy imaginando —dice ella.

—Recuerde que el pez muere por la boca.

La amante



La cena es «otra vez sopa» a la luz de una vela. El farol de queroseno, según se le explicó, se usa para toda actividad que no se relacione con ingesta de alimentos. Por el olor, le aclaró. Marcos no dice nada más, pero

se muestra apurado y especialmente callado.

Catalina piensa que es raro que ellos vivan sin electricidad «como si nada», sobre todo el Viejo, mientras que los otros en el pueblo se revuelven como hormigas con el hormiguero pateado cuando se quedan sin luz durante unas horas. «Ah, civilizados», se dice para ella, con un poco de sorna, mientras una gota de transpiración le está por caer desde la frente hasta los tres fideos hervidos que todavía tiene en el plato. Eso de poner los líquidos de uno en la comida le recuerda a *Como*

agua para chocolate. Su situación podría titularse como *Sudor para tus fideos*. Algo horrible, pésimo, cómico.

Termina de cenar. Él levanta los platos para realizar las tareas de aseo de siempre. Ella se va hasta el exterior, a beneficiarse de esa brisa un poco más fresca que momentos antes se filtró en el comedor por la ventana abierta, esa que amenazó con apagar la vela mientras comían.

Mientras cruza el portal, escucha que el Viejo lanza un soplido. Seguramente apagó la vela. Ahorrativo, el señor.

Se sienta sobre el banco de madera y mira las estrellas. El cielo se ve prístino, como si le hubieran derramado pintura azul marino. Esto significa que al día siguiente también hará mucho calor.

Cierra los ojos y procura pensar en cascadas y mares fríos, no tan fríos como el agua que rodeaba al Titanic cuando se hundió, pero sí bastante fríos para bajarle la temperatura a sus pechos que parecen encenderse y a su espalda que transpira contra el metal del banco.

El Viejo sale de la casa con la toalla

sobre el hombro y la mira. Le deja el farol en el suelo. Coloca un dedo índice debajo de su párpado inferior y se lo estira, haciendo el famoso gesto de «ojito». Supone Catalina que como una advertencia. Le parece raro que el Viejo se bañe dos veces en el mismo día. Eso es un despliegue de extrema higiene que ni ella se permite. De hecho, una de las cosas que le molestan de vivir aquí es sentirse todo el tiempo pegajosa y sucia, llena de mosquitos y de tierra. El hombre sigue su camino y ella continúa disfrutando de la brisa intermitente.

«No está tan bueno como cree», se dice Catalina para sí, recordando la frase que le lanzó el mismo día que se conocieron.

El Viejo regresa a los cinco minutos, mojado, haciendo un ruido gracioso de chapoteo en sus chancletas. Víctima del peso del agua, el cabello le vuelve a parecer más largo y más lacio.

Ingresa en la casa sin mirarla, dejando huellas húmedas. Catalina no puede evitar girarse con la intención de verle el trasero, algo que no pudo observar bien durante su osado

avistamiento, pero, más allá de las dos curvas interesantes que parecen asomar bajo la toalla, no hay nada que ver.

El Viejo aparece a los pocos minutos con el cabello más seco, más ordenado, casi se diría que le cae en capas, como a las mujeres cuando acaban de salir de hacerse un lindo corte en la peluquería. Trae un pantalón negro de vestir y una camisa de una tela lisa que luce suave. Abandona de momento esas camisas a cuadros de leñador que le ha visto antes. Para su sorpresa máxima,

también ha dejado las Nike y las ha cambiado por mocasines, que pueden ser de cualquier color, porque no se distingue tanto con la frágil luz del farol.

—¿Es usted? —pregunta Catalina.

—Sí, eso creo.

—¿Tiene una amada, como su Pedro Salinas?

El hombre la mira durante un largo rato con un rostro que no dice nada, quizá sumido en sus propios pensamientos.

—Volveré mañana temprano, para

el desayuno. Buenas noches.

—Buenas noches —le contesta ella por reflejo, algo confundida.

Se dice que aquellas ropas acompañan mejor su andar, un tanto medido y elegante, que las otras que lleva, pero después sus ideas comienzan a mezclarse y se vuelven más difusas. Comienza a imaginar escenas, mujeres, que a ratos se vuelven concretas: prostitutas, y él en su normal brutalidad de arado, en su día a día intentando leer poesía para ver si se vuelve más amigable o más humano, pero sin lograrlo, y se dice

que la ropa y el andar son una ilusión, que la verdad es lo otro, e intenta forzarse a encajarlo en el molde de ese estereotipo de salvaje que han creado para él.



Catalina se despierta a las siete, como todos los días cuando suena el golpe del Viejo en la puerta. Esta vez, son el canto de un gallo cercano y su reloj biológico los que la empujan fuera del mundo de los sueños, del otro lado del espejo.

Abandona el dormitorio con su pijama de lenguas y no encuentra a Marcos en los alrededores. No había escuchado su llegada, pero supuso que había ocurrido mientras ella dormía.

Va hasta el otro dormitorio y golpea, por si pudiera estar enfermo. Vuelve a golpear con más fuerza, pero nadie le responde.

—¿Puedo pasar? —grita.

Pero todo sigue en silencio. Entonces decide que debe entrar y abre la puerta.

La habitación está ordenada, mucho

más de lo que ella habría esperado, mucho más que la suya. Se ven pocos muebles y la cama está tendida.

Da una vuelta alrededor para comprobar si es de verdad tan pulcro o está guardando toda la mugre y el desorden en algún lugar bien cubierto, pero no puede descubrir ningún engaño. Lo más descuidado que encuentra es el cesto enorme de la ropa sucia; tiene encima prendas de invierno que probablemente no usa hace meses. La sola visión de un pullover gris con dibujos de hongos la hace transpirar.

Catalina da un paso más hacia el cesto. Dibujos de hongos rojos; eso lo vio antes, aunque no recuerda dónde. Se sienta en la cama a pensar. Tiene que ser en la cabaña.

Avanza hasta el extremo del pasillo, donde aguarda el sector de los recuerdos, y presta atención al hombre de la foto. Tiene que ser él. El cabello está muy corto, por lo que no se aprecian las ondas. Su piel lucía menos oscura en aquel tiempo. Pero ese pullover que pocas personas se pondrían, con dibujos de hongos rojos, que quizá le haya regalado la

esposa... y esta tenía que ser uno de esos seres dulces que gustan de la pastelería y los hongos. Ese pullover solo lo podía llevar él. Es él. Catalina se dice que quizás el hombre abandonó a su familia para llevar una vida de soltero allí. Esta presunción aumenta su furia. Odia a los hombres que toman compromisos para luego no cumplirlos; le recuerdan demasiado a su primer novio, el que la engañaba con la chica popular.

Memoriza la posición de los hongos y regresa a la habitación de Marcos. Va hasta el cesto y extrae la prenda.

La extiende frente a sus ojos: es de él. Deja caer la prenda al cesto, como si quemara.

Le llama la atención un triángulo de papel que sale del cajón de la mesita de noche, como si fuera una lengua que se burlara (porque ella siempre ve lenguas).

Va hasta el cajón y lo abre. Al momento, comprueba que se trata de la tapa de un bloc de hojas. La tapa anuncia que se trata de material de dibujo e indica que las hojas son de ciento ochenta gramos. Hay un bebé hecho a grafito a modo demostrativo.

Hojea las primeras páginas. Están llenas de formas extrañas, no muy realistas, de diversos lugares y situaciones que pueden ser de Pinos Altos. Le sube la temperatura al rostro cuando encuentra la última, la de una mujer de cara al cielo sobre una superficie que puede ser tierra o agua, desnuda. La mujer se percibe rellena, por si le hubiera podido quedar alguna duda. Lanza el bloc con violencia al fondo del cajón. Luego cierra este último con más fuerza de la requerida para la tarea.

Al fin se vengó, el muy bajo.

Pretende divertirse con ella, haciéndole la vida difícil, pero eso es imposible si ella no se lo permite. Tiene que ser cierto; lo ha leído en muchos libros de autoayuda.

Se va hasta el comedor y se dice que no lo esperará. Mira la frutera de mimbre y encuentra que hay allí manzanas, bananas y naranjas. Saca una manzana y una banana, porque comer naranjas es más complicado (requieren ser peladas) y se sienta a disfrutar de ellas.

«Espero que las haya lavado», se dice para sí, aunque su mente apunta a

otra persona.

Pero las horas van pasando y el calor vuelve a ascender, y su mal sueño de la noche anterior, seguido del olor de su propio cuerpo, que ya le resulta desagradable, y la desprotección que siente al bañarse sola en ese lago, y ese extraño sentimiento de incomodidad por no saber qué fue del Viejo, como si pudiera haberle pasado algo y a ella le importara...

Marcos llega a las once de la mañana con dos manchas de humedad bajo las axilas. Su rostro brilla como

si le hubiesen dado una capa de barniz. La temperatura a esta hora ya resulta insoportable.

Catalina está en el comedor, esperándolo, aunque no se siente capaz de asumirlo. Lo mira con el ceño fruncido.

Él se sienta con cansancio en la silla, dando la espalda a la pared, orientado hacia la alacena, como si ella no mereciera ni siquiera una mirada, y le dice:

—Me dormí.

—¿Se durmió? —pregunta ella,

molesta.

—Sí, soy un ser humano, y a veces me duermo.

—Se suponía que usted haría el desayuno.

Él suspira.

—Perdón. Me dormí.

Se quita el mador de la frente y el bozo con la mano. Sonríe.

—¿De qué se ríe? —pregunta Catalina con la voz más alta.

—De nada.

—¿Estuvo tomando?

—No, yo no tomo —dice él, con tono frío y resuelto, cambiando el estado anterior de su rostro.

—Necesitaba de usted. Ya es casi mediodía. No he podido avanzar porque me quedé sin batería en la *notebook* y necesitaba hojas para escribir.

—Podría haberlas comprado en el pueblo.

—Me duelen las piernas. Queda muy lejos el pueblo. Y dijo que me ayudaría usted. Ese fue el trato.

—Sí, lo sé, por eso me disculpo.

¿Desayunó ya?

—¿Qué le parece?

—Me parece que me voy a trabajar.

¿Qué necesita que le compre?

—Una resma de hojas A4.

Ella saca dinero de su monedero y lo estampa contra la mesa.

—¡Qué carácter!

Catalina se queda de brazos cruzados, apoyada la espalda en la pared, batiendo el pie en el suelo.

Se atrevió a sonreír; de seguro pasó una noche de lujuria sin fin, mientras

ella no podía ni dormir en ese calor del infierno. Y su novela con cada vez menos probabilidades de ser entregada a tiempo, gracias a él y al complot de todo el universo en su contra. «Que el universo conspira a tu favor, dice Coelho. Bah. Vende mucho porque eso les gusta creer».

Catalina aprovecha que Marcos se marcha al centro del pueblo para realizar su inmersión diaria en el lago.



Mientras Marcos camina por el bosque, esquivando las espadas de sol que se cuelan entre las hojas de los árboles, rememora algo de la noche anterior.

Viviana en sus brazos, gimiendo como siempre, deseosa como siempre, dispuesta como siempre. Él también muy dispuesto, muy cuidadoso, algo más perfumado. A ella le gustaba suave, a él también. Placentero, como todas las otras noches, pero, ¿por qué tenía que haberse puesto a pensar en la maldita pregunta de la patita? ¿Qué le importaba si él tenía una amante en

el sentido amoroso o una amante en el sentido erótico? ¿Y por qué ese tono irónico, un poco hiriente, en la pregunta? Casi como si él no pudiera amar, como si le estuviera negado a un «salvaje», como ella seguramente lo ve, amar, como si esta fuera una capacidad que solo poseen los espíritus elevados como ella.

Y no, no es así. Viviana lo ama a su modo, a su pesar, porque él no quiere que ella lo ame, y le dijo en repetidas ocasiones que no habría amor, y suele explicar que el placer entre los dos es maravilloso, pero que no se enamorará

de ella, y lleva diez meses cumpliendo. Pero Viviana, que no ha hecho ninguna promesa, quizá sí se ha enamorado un poco. Y por ahí llegará a su fin la relación entre los dos.

«Así que todos pueden amar, y también yo, maldita sea, aunque la patita piense que no. Lo que pasa es que no quiero».



Marcos vuelve al mediodía con la resma. Catalina se asombra al abrir el

envoltorio.

—¿Por qué es oscuro el papel?

—Es papel reciclado.

—Es un jipi usted. —Catalina se cruza de brazos mientras él comienza a reunir los ingredientes del almuerzo —. ¿Con cuántas mujeres a la vez duerme usted?

El hombre lanza una carcajada.

—Con cinco. Una de cada color, en escala. Las tengo de todos los tamaños y pesos. Tengo dos brazos, dos piernas y un miembro masculino, así que con cinco; si no, no me siento

satisfecho.

Catalina produce un sonido de duda, toma su resma y se va hacia su habitación.

Almuerzan con rapidez, luego de que el Viejo venga a golpear la puerta de su dormitorio, como siempre.

Él cambia la rutina de la tarde, porque necesita trabajar un poco más el campo. Le dice que tiene que quitar la mala hierba, se pone unos guantes que hay en un cuartito de herramientas y la deja en el comedor.

Ella separa cincuenta hojas de la

resma, saca su bolígrafo Parker y hace todo lo posible por concentrarse en avanzar en su historia. Luego juntará, quizás en la biblioteca, lo que hay en la computadora con lo que está por escribir a mano. Aunque no le gusta tener las cosas desorganizadas, se dice que sus piernas no soportarán este día el camino hasta el centro del pueblo. «Quizás mañana».

Pero las frases no llegan. Caen como gotas en esas tormentas eléctricas en que todo es trueno y rayo. La presión psicológica a la que se somete y las aseveraciones que se

dedica son los truenos y los rayos, pero no se vierte el frescor húmedo del agua en abundancia.

Y, para peor, le llega desde el exterior el canto extraño del Viejo. Hace popurrí con canciones del rock nacional.

—«Y yo estoy aquí, borracho y loco. Y mi corazón idiota siempre brillará. Nena, no te peines en la cama, que los viajantes se van a atrasar»^[3].

Transcurre un momento en silencio, quizá juntando aire y saliva, y sigue con partes aleatorias de la canción:

—«Me quieren agitar, me incitan a gritar...»^[3].

Luego, mezcla con otras canciones:

—«Y el mal, que siempre existió, no soportó ver tanta felicidad entre dos seres. Y, con su odio, atacó hasta que el hada cayó en ese sueño fatal de no sentir»^[4].



Marcos nota a Catalina más callada que de costumbre durante la cena. Luego de lavar los platos, se sienta

junto a ella en el banco.

—Si no reprime un poco su amor por el rock nacional, voy a tener que volver a la biblioteca.

—¿Canto tan mal?

—No lo hace tan mal, realmente. El problema es que necesito concentrarme, y no puedo.

—Intentaré ser más silencioso.

—Gracias. —Ella toma un sorbo de agua.

—¿Le gusta el rock nacional?

—Algo.

—¿Y qué le gusta mucho? —
Marcos extiende los pies y se arrellana
en el banco.

—George Michael.

—*Careless whisper* na na na na —
acota cantando el Viejo.

—Exacto. En mi departamento
despierto con *Careless whisper*.

—De acuerdo. ¿Y no le gusta el
tema de Catalina?

—¿Cuál? ¿La que espera al marido
muerto en guerra?

—No, no sé cuál es ese.

—Es un tema entre patético y ridículo —comenta ella.

—El que cuenta la historia con Catalina. «Catalina dijo que me amaba y para mí fue suficiente. Con alfileres y con tinta china nos tatuamos para siempre».

—Es buena.

—«Y el amor sobre la hierba hizo mágica la siesta».

Él percibe sus ganas de huir y sus movimientos nerviosos. También que se desliza sobre el banco, alejándose de él.

—¿Sabe qué? Jamás he forzado a una mujer a nada. Ni lo haría. Y estoy intentando que podamos convivir. Es muy recelosa. No pretendo enamorarla.

—Ja. Ya lo sé.

—Busco la paz.

—Está bien.

—No cantaré más delante de usted.

Ella asiente. El Viejo infiere que sigue resentida con él, aunque le parece que lo sucedido no es tan malo como para haber tomado tamañas proporciones.

—¿Por qué está tan enojada conmigo?

—Porque me dejó sola.

El Viejo estira el brazo sobre el respaldo del banco, acercándose a ella, y coloca el mentón sobre él.

—¿No puedo dejarla sola? ¿Es muy pequeña?

—Lo necesitaba.

Esa frase le incendia algún lugar bajo el corazón. Después de todo, y si se pone a pensar, en años de matrimonio su esposa nunca le dijo algo así. Él lo sabía, sí, pero ella no se

lo dijo. Tarda en llegar a su mente un buen amasijo de palabras que valgan como respuesta.

—Espero que me perdone.

Catalina extiende también las piernas. Los músculos no pueden adivinarse bajo esos pantalones tan anchos de tela fina con estampados de flores.

—¿Sabe qué? Me preocupé un poco por usted. Pensé que podía haberle pasado algo malo.

Marcos suaviza el gesto en su rostro y le muestra un atisbo de sonrisa.

—Y me molestó mucho que sonriera al llegar, como si se burlara de mí.

—Pero no sonreí porque me burlara de usted.

—¿Y por qué sonrió? ¿Por lo buena que había estado la noche?

—No. No sé...

Marcos suspira y su mirada va a parar al bosque.

—Quizá me reí porque me pareció que estaba celosa.

—¿Por qué estaría celosa?

—Quizás el acuerdo al que llegamos hizo que me considerara de su propiedad... Si fuera usted muy posesiva...

—No lo soy y las personas no me pertenecen.

—Perfecto. Entonces... espero que me sepa perdonar.

—Está bien.

Él ya se está acomodando para levantarse cuando ella le pregunta:

—¿La pasó bien con sus cinco mujeres?

—Es solo una. Y no es mía. Sí, la

pasé bien —responde Marcos, mientras se coloca las manos en la cintura y endereza la espalda.

El Viejo ve la boca torcida de Catalina, aunque es obvio que intenta disimular su disgusto.

—Quizás usted también necesite un amante. Quizá no son celos, sino envidia. Pero búsquese algo mejor que ese Aguirre; hasta Emilio estaría mejor. Solo cuídese mucho con él porque anda con medio pueblo. No vaya a terminar enferma.



Catalina abre los ojos con horror. La llena de espanto la manera en la que habla el Viejo, como si ella se fuera a acostar con cualquiera, cuando es casi virgen, si se puede ser casi virgen. Cuando lleva como dieciocho años sin sexo con otra persona, desarrollando el arte de la autosatisfacción.

—Qué confundido está. ¡A este bombón gordito no se lo come cualquiera!

El Viejo se ríe, y a continuación dice:

—¡Perdón, perdón! Mejor ya no la embarro más. Buenas noches.

Ella no le responde, pero él ya no lo espera, porque cayó en la cuenta de su error.

Si te está gustando...

Si te está gustando esta novela, puedes adquirirla en Amazon desde [aquí](#).

Notas



[1]. Fragmento de un poema extraído del libro *La voz a ti debida* de Pedro Salinas. ([◀Volver](#))

[2]. Poema extraído del libro *La amada inmóvil* de Amado Nervo. ([◀Volver](#))

[3]. Fragmento extraído de la letra

de la canción «Lamento boliviano» de Enanitos Verdes. La canción es un clásico del rock nacional argentino. ([◀Volver](#))

[4]. Fragmento extraído de la letra de la canción «La leyenda del hada y el mago» de Rata Blanca. La canción es un clásico del rock nacional argentino. ([◀Volver](#))

Biografía de la autora



Dorothy McCougney es el nombre de pluma de una escritora argentina que imagina el paraíso como una biblioteca, y vive en una provincia con forma de corazón junto a su marido y su gato negro.

Fue ganadora del Concurso de relatos del II Encuentro de Novela Romántica en Tarifa, España.

Ha publicado diversos relatos y novelas.

Lejos del sector más clásico del género, en sus historias habitan personajes heterogéneos y se abordan temas como la búsqueda de la verdadera identidad o el poder de los actos para definirnos como personas.

Su principal pasión en la actualidad es la creación de novelas románticas, con interés especial en el período de la Regencia inglesa.

Puedes conocer más sobre ella y leer algunas de sus obras de modo gratuito en su sitio web: <http://dorothymccougney.com>.

Si quieres estar al tanto de sus publicaciones y otras novedades, no dudes en seguirla en [Twiter](#), [Facebook](#) o [Google+](#).

Catalina y el Viejo del bosque

1ª Edición: julio de 2018.

© 2018 Dorothy McCougney

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o
parcial de este libro sin el
consentimiento de la autora.

Diseño de portada: Dorothy
McCougney ©.

Contacto:
dorothy@dorothymccougney.com

<http://dorothymccougney.com>